

BOLSILIBROS BRUGUERA



SERVICIO SECRETO

Ilévame flores a la Morgue

RALPH BARBY



La mansión, de una sola planta, ubicada junto al tranquilo lago de aguas limpias donde los peces vivían protegidos por la tecnología humana, de aguas depuradas continuamente y aireadas mediante complejos mecanismos en constante funcionamiento.

Aquel estanque natural era cuidado por Salvatore Brezzo como si de un acuario doméstico se tratara.

Los alrededores del lago eran de su propiedad y una sólida alambrada electrificada rodeaba todo su perímetro, impidiendo que nadie se acercara en una milla.

Aquel lago hubiera podido ser disfrutado por cualquier norteamericano que lo deseara, mas no había forma de llegar a sus aguas sin cruzar por la propiedad de Salvatore Brezzo, y la propiedad estaba fuertemente protegida.



Ralph Barby

Llévame flores a la morgue

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1359

ePub r1.0

Lds 07.10.18

Título original: *Llévame flores a la morgue*

Ralph Barby, 1976

Cubierta: Miguel García

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2



SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

La mansión, de una sola planta, ubicada junto al tranquilo lago de aguas limpias donde los peces vivían protegidos por la tecnología humana, de aguas depuradas continuamente y aireadas mediante complejos mecanismos en constante funcionamiento.

Aquel estanque natural era cuidado por Salvatore Brezzo como si de un acuario doméstico se tratara.

Los alrededores del lago eran de su propiedad y una sólida alambrada electrificada rodeaba todo su perímetro, impidiendo que nadie se acercara en una milla.

Aquel lago hubiera podido ser disfrutado por cualquier norteamericano que lo deseara, mas no había forma de llegar a sus aguas sin cruzar por la propiedad de Salvatore Brezzo, y la propiedad estaba fuertemente protegida.

Dentro de ella todo estaba meticulosamente cuidado. Había un hipódromo, pistas de tenis, boleras, jardines y grandes extensiones de césped que besaban la orilla del lago que ahora reverberaba la luz del sol.

Sobre las aguas se deslizaban suaves y majestuosos cisnes, dos de ellos de color negro. También acudían a beber y a pescar ánades silvestres que encontraban en aquel lugar un buen punto para hacer escala en sus viajes.

Allí no sonaba nunca un disparo, aunque de vez en cuando sí aparecían redes de fabricación japonesa y unos cientos de patos quedaban atrapados, sirviendo luego para alguna fiesta que pudiera organizar la familia Brezzo.

Resultaba difícil determinar cuántos años tenía Salvatore Brezzo. ¿Sesenta, quizá setenta? Su rostro estaba rugoso y habían aparecido manchas marrones en su epidermis. Tenía poco pelo y era canoso;

sin embargo, era un hombre enérgico, autoritario y demagógico, aunque no lo parecieran sus buenas palabras, su forma a veces de hablar.

En ocasiones, bastaba un movimiento de su pulgar para que un hombre o una mujer quedara sentenciado a muerte, un solo dedo, como si de un César romano se tratara.

Más, no todo era bueno para Salvatore Brezzo. Tenía poder, riqueza, grandes, sucios y lucrativos negocios; era temido por sus enemigos, pero estaba sujeto a una silla de ruedas, una silla electrónica y muy sofisticada, pero silla de ruedas al fin y al cabo.

Hacía ya tres lustros, una bala disparada por alguien que había deseado hacer justicia por su cuenta y riesgo, al ver que no podía castigar a Brezzo a través de los tribunales, le había alcanzado la columna vertebral y los millones de dólares gastados en los mejores médicos del mundo no habían sido suficientes para evitar que Salvatore Brezzo quedara paralítico.

El autor del disparo jamás había sido hallado por la policía; sin embargo, algunos sabían que un container de acero había sido enterrado en el desierto, un container con agua, comida y un tubo de respiración.

La tapa de dicho container había quedado casi a ras de suelo, con una ligerísima capa de arena cubriéndola, una capa que no impediría que el sol pegara sobre el acero, calentando su interior. Aquel desgraciado se había encontrado con una agonía larga y desesperante dentro de la caja metálica.

Frente a las aguas del lago sobre las que se deslizaban los cisnes, Salvatore Brezzo miraba y remiraba las fotografías; no podía acabar de creérselo.

Unos pasos más atrás y sentados en torno a una mesa, había tres hombres, dos hijos de Salvatore Brezzo y un nieto que ya había cumplido los veinte años.

En una pequeña dependencia de la casa, un operador de radio estaba frente a un panel electrónico y tenía los cascos puestos. Mantenía comunicación con larga distancia.

El viejo soltó una pequeña carcajada que sonó a cascada.

—Monte Brezzo, monte Brezzo... —repitió.

Sus descendientes le observaron y luego se miraron entre sí. Ellos habían nacido en Estados Unidos y aunque hablaban el

italiano correctamente y conservaban las tradiciones, ya eran americanos.

No podían comprender las añoranzas de su padre, un hombre que sin salir de su mansión a orillas del lago, mantenía su férreo poder, un poder conquistado con sangre y lágrimas del prójimo oprimido y sometido.

En las fotografías a color se veía claramente una solitaria montaña con pinares en sus laderas y abundantes rocas que la hacían más agreste y bella. En lo alto, el viejo castillo de monte Brezzo, la secular mansión donde Salvatore Brezzo, en su lucha por vivir, había escapado del vientre de su madre, una mujer delicada que pocas horas más tarde fallecía a consecuencia de una hemorragia.

Lo último que había hecho aquella mujer había sido parir a Salvatore y la desgraciada se había ido de este mundo sin enterarse de que había dado a luz un monstruo codicioso e insaciable que no se conformaría con vivir en un viejo castillo sin fortuna, olvidado de todos e incluso de los turistas, ansiosos buscadores de algo interesante.

Lo curioso de todo aquel asunto de las fotografías es que no habían sido tomadas en el Mezzogiorno italiano; entonces, no habrían tenido ninguna importancia. Otra cosa muy distinta era que el castillo de Monte Brezzo, su casa natal, estuviera allí, en Estados Unidos, a unas cuatrocientas millas del lago sobre una bella y solitaria montaña.

Salvatore Brezzo tenía casi olvidado su castillo, era algo que se perdía en el pasado, aunque en los últimos tiempos, las largas horas pasadas en la silla de ruedas le habían hecho recordar su viejo castillo, un castillo que ahora había venido a turbarle.

Consideraba ya perdida toda posibilidad de verlo de nuevo. No era difícil para él fletar un avión, pero luego, en las carreteras del Mezzogiorno, complicadas y tortuosas, podía ser atacado. No pensaba ya regresar a su lugar de origen, pero aquello era diferente.

El castillo de Monte Brezzo, entero, piedra a piedra, había viajado hasta Estados Unidos. «Regalo de un amigo agradecido que omite su nombre para que no se lo agradezca».

—Curioso, muy curioso —decía para sí.

El que había hecho trasladar su castillo desde Monte Brezzo a

Estados Unidos, reedificándolo piedra a piedra, todas numeradas, tenía que ser alguien poderoso, no cabía ninguna duda; sin embargo, no había forma de descubrir su identidad.

Salvatore Brezzo era un sujeto receloso, pero volver a ver su castillo ejercía una gran atracción sobre él, por ello aguardaba noticias, impaciente.

En un pequeño cuadro de mandos que tenía junto al brazo de la silla, parpadeó una luz roja. Movi6 un interruptor y habló:

—¿Qué sucede?

—Bou Salvatore, nuestro contacto en Nápoles confirma que en Monte Brezzo no hay nada, absolutamente nada. Sólo quedan los agujeros y fosas propios de unos cimientos extraídos. Es como si un dentista hubiera sacado muelas, llevándose hasta las raíces.

—Entonces, no es una reproducción, sino el auténtico —dijo para sí.

—Eso parece, don Salvatore. El castillo de Monte Brezzo ha desaparecido de su emplazamiento y nadie sabe nada.

Salvatore Brezzo cortó la comunicación, volviendo a colocar el interruptor eléctrico en su posición inicial.

—Sin encomendarse a la Madonna ni al diávolo, se han llevado el mío caserolino... ¿Será verdad que es un regalo?

Mientras, por la carretera forestal que ascendía a lo alto de la montaña sobre la que se había ubicado el pequeño, viejo y casi ruinoso castillo italiano, subían tres vehículos.

Un automóvil grande y potente iniciaba la marcha; detrás rodaba una ranchera y luego, una furgoneta. No se detuvieron hasta llegar a lo alto, frente al castillo.

Los coches se separaron para no quedar juntos y la furgoneta, en vez de quedar ladeada o encarada con la casa, maniobró hasta colocarse de espaldas al pequeño castillo, allí en la explanada.

Se abrieron sus puertas y apareció una ametralladora pesada que podía utilizarse como antiaérea y resultaba de una gran eficacia y precisión.

Varios de los hombres se apearon de los vehículos, armados con pistolas y metralletas cortas «*Parabellum*». Rodearon el castillo y sólo tres se enfrentaron con la entrada principal.

—¿Todo cubierto? —preguntó uno de ellos, utilizando un diminuto megáfono electrónico.

Nadie dijo nada, lo que equivalía a un asentimiento.

El tercer hijo de Salvatore Brezzo, Paolo, se introdujo en el castillo en el que naciera su padre, acompañado por dos de sus secuaces.

Se internaron por todas las dependencias sin dejar una sola por escudriñar. Golpearon paredes y utilizaron detectores sónicos en busca de posibles ruidos sospechosos.

—Una vieja casa, ¿no le parece, Paolo? —le preguntó Mario, uno de los hombres de confianza de la familia Brezzo.

—Sí, una vieja casa. No comprendo por qué don Salvatore desea verla personalmente. No tiene ningún interés; carece de comodidades y ni siquiera hay garantía de que dure en pie muchos años.

—Los recuerdos son importantes, muy importantes —suspiró Mario—. Yo nacía en Italia. Llegué aquí cuando don Salvatore ya era temido; no tengo tantos años como él, sin embargo, hay ocasiones en que sueño con mi tierra.

—¿Acaso es mejor que América? —le preguntó Paolo con una sonrisa burlona.

—¿Mejor? No, no lo es, pero es el lugar donde nací y para los sentimientos no hay lógica que valga. Creo que eso es lo que le sucede a don Salvatore. Quien le ha regalado este castillo estaba seguro de que don Salvatore no podría rechazarlo. Le daría vueltas y vueltas al asunto, pero terminará viniendo a verlo, es algo superior a las fuerzas de un hombre que ha vivido mucho y que termina gozando con sus recuerdos.

—Tú, tráete los detectores —ordenó Paolo a uno de sus ayudantes.

Pasaron unos detectores de minas por toda la casa y nada descubrieron.

Desde sus ventanas escudriñaron los bosques de los alrededores con potentes prismáticos y no vieron absolutamente a nadie. Sólo pájaros volando en la paz de aquellos parajes, muy lejos de las grandes ciudades.

Tras el minucioso reconocimiento, Paolo se acercó al coche y puso el emisor-transmisor en marcha.

—Bruno, ponme en comunicación con mi padre —dijo.

—Enseguida.

A los pocos segundos, a través de las ondas, padre e hijo quedaban en comunicación.

—¿Qué hay, Paolo?

—Todo bien.

—¿Ningún detalle sospechoso?

—Nada, te aseguro que es como si no estuviéramos en América.

—Sí, sí, algo que no es americano —repitió Salvatore Brezzo. Y cortó la comunicación.

Pocos minutos más tarde, un helicóptero de avanzada tecnología tomaba tierra sobre el césped, frente a la casa del lago.

El helicóptero era de tipo medio, con una capacidad de ocho plazas. Poseía cilindros neumáticos para posarse sobre el agua o en la tierra, indistintamente.

Bajo su panza descendió una plataforma. Salvatore Brezzo, guiando su silla de ruedas accionada por unas baterías japonesas, se colocó sobre la plataforma que se izó.

El hombre, con su silla de ruedas, quedó dentro del aparato. El resto de la familia subió por la escalerilla y el helicóptero volvió a elevarse, alejándose de la posesión Brezzo.

La silla de ruedas de Salvatore Brezzo quedaba junto a una amplia ventanilla y a través de ella, sobre la montaña, pudo ver su castillo.

No pudo evitar que sus ojos se enturbiaran; aquellos ojos que habían sido despiadados con sus víctimas ahora se humedecían.

—¿Desciendo, don Salvatore?

—Espera, espera. Da un par de vueltas por el lado de mi ventanilla. Es curioso, pero no había visto nunca mi castillo desde el aire, como si yo fuera un águila.

—Lo que usted mande, don Salvatore —asintió el piloto.

Los hombres de la familia fumaban y le observaban en silencio. De vez en cuando, daban una ojeada a la vieja casa que don Salvatore llamaba caserolino. Decididamente, don Salvatore se hacía viejo, pero no había abdicado aún de su poder. Quizá, después de pisar aquella ruina italiana, decidiera que había llegado su momento de descansar y pasar solo a aconsejar y no a ejercer el control ejecutivo de la familia Brezzo. Más, nadie se atrevía a que tales pensamientos afloraran a sus labios.

—Ya puedes descender. Es diferente, muy diferente a las cosas

americanas. Muchachos, ahí abajo está el mío caserolino...

Todos sonrieron, aparentemente comprensivos.

El helicóptero tomó tierra en la explanada. Salvatore Brezzo colocó su silla de ruedas en la plataforma-ascensor y ésta se puso en funcionamiento hasta que pudo salir del aparato. Raramente utilizaba el helicóptero, pero lo tenía siempre dispuesto por si precisaba hacer algún viaje.

Paolo salió a recibirles. Angelo, el hermano mayor, se adelantó para preguntar:

—¿Todo revisado?

—Sí, no hay nada sospechoso dentro de la casa. No hay nadie y todo está controlado. Hay hombres alrededor de la casa y dentro también. Aunque apareciera un helicóptero, desde ahí —señaló la furgoneta— no duraría ni unos segundos.

—Perfecto.

—¡Fijaos, fijaos en esas rampas que hay en el centro de las escaleras! —exclamó Salvatore Brezzo—. Han hecho unas rampas de la misma piedra original para que yo pueda subir con mi silla de ruedas y al mismo tiempo no se rompa su aspecto peculiar. Han pensado en todo.

—No me gusta, nunca me he fiado de los regalos —objetó Angelo.

—Paolo, has tomado todas las medidas, ¿verdad?

—Sí, don Salvatore —respondió a su propio padre, pues a éste le agradaba que todos, incluidos sus hijos, le llamaran don Salvatore.

La silla de ruedas se puso en funcionamiento de forma silenciosa y ascendió por las rampas sin dificultad.

Salvatore Brezzo se emocionó al hallarse de nuevo dentro de su caserolino, aquel castillo en el que había pasado su niñez y juventud.

—Todo igual, igual —dijo abriendo los brazos—. No han descuidado detalle. Preferiría morir aquí en vez de en la casa del lago.

Como si sus palabras hubieran sido proféticas, el suelo comenzó a temblar y un rumor infernal ascendió desde las profundidades de la tierra, por debajo de los cimientos.

El rumor, en poquísimos segundos, se transformó en ruido ensordecedor.

Dos de los hijos de don Salvatore corrieron hacia la puerta, mas no lograron alcanzarla. Todo se desmoronó.

El caserolino de Monte Brezzo, tras moverse como si estuviera en el epicentro de un seísmo, estalló en medio de una gran polvareda. Las piedras machacaron no sólo lo que estaba dentro, sino también lo que estaba en el exterior, alcanzando a hombres y vehículos.

No se salvó ni el helicóptero. Había permanecido allí aguardando, con el motor en marcha, y quedó convertido en una gran bola de fuego. Poco después, el polvo en suspensión se posaba sobre la tierra y sólo se escuchaba el ruido de las llamas que consumían el helicóptero y la furgoneta, que estalló bruscamente al ser alcanzada por el fuego la caja de municiones, y los lamentos de varios hombres heridos que habían salvado sus vidas por estar algo alejados de aquella ruina italiana que había sido desmontada piedra a piedra en la clandestinidad, sumergida en las bodegas de un buque mercante, transportada a Estados Unidos y reedificada sobre una montaña.

Allí había sido dinamitada con la suficiente carga explosiva para volar diez veces aquel edificio y el detonante había sido accionado a distancia mediante un cable previamente enterrado. Por hallarse a una gran profundidad, no había podido ser detectado.

En otra montaña cercana, un hombre que llevaba gafas redondas y oscuras, subía a una poderosa moto de trial. La puso en marcha, sin importarle ya el ruido que pudiera hacer, y se alejó.

En su muñeca derecha, colgando sobre parte del dorso de la mano, portaba una lujosa pulsera de eslabones planos de oro y sobre cada uno de ellos, llevaba engarzada una esmeralda, lo que hacía de la joya una pieza valiosísima.

CAPÍTULO II

La fiesta estaba muy animada en la regia mansión de la viuda Collins. A sus reuniones acudían no sólo lo mejor de San Francisco, sino de todo Estados Unidos e incluso del extranjero.

Grace Collins había nacido rica porque su padre ya lo era y su matrimonio había sido otro acierto económico, aunque no podía decirse que hubiera sido feliz. No obstante, marido y mujer habían aguantado bien su posición social y luego, la muerte del esposo había dejado a Grace Collins como una viuda importante.

Tenía acciones en distintas financieras y corporaciones. Ella entendía lo justo de finanzas y se dejaba aconsejar por sus buenos amigos, aunque no comprometía su firma en nada hasta que su equipo de abogados le daba el visto bueno.

Grace Collins había tenido que aceptar varias presidencias de organizaciones y asociaciones que, en ocasiones, ni sabía a qué se dedicaban. Ligas de ayuda, rehabilitación, repoblación forestal, etc., etc.

Grace Collins tenía un gran *hobby* que consistía en dar fiestas. Era un *hobby* caro, pero ella tenía suficiente dinero para gastarlo.

No descuidaba invitar a periodistas para que escribieran acerca de sus fiestas. Le gustaba que en revistas, periódicos y televisión se hablara de ella y de la gente importante que acudía a sus fiestas; sin embargo, tenía una pequeña espina clavada y aquella espina, se llamaba Johnny *Body*, el joven, pero ya famoso reportero freelance de la televisión, entre cuyos trofeos ya se contaba el Pulitzer.

Johnny *Body* no se había asalariado con ninguna cadena televisiva y cuando hacía un buen reportaje, tenía comprador inmediatamente, pues nunca ofrecía nada mediocre o que careciera de interés informativo.

La viuda Collins invitaba sistemáticamente a *Johnny Body* a todas sus fiestas, esperando que algún día se decidiera a hacerle un reportaje a fondo, mas *Body* se mostraba invulnerable y devolvía sistemáticamente a la viuda todos los regalos que ella le enviaba.

Sin embargo, el joven, alto, barbado y de mirada acerada, con aire de estudiante rebelde, acudía a las fiestas de la viuda Collins cuando no tenía compromiso porque allí podía contactar con gente conocida sin comprometerse a nada.

Y mientras *Body* no le diera la espalda, la viuda Collins no perdía la esperanza. Un reportaje de *Johnny Body* tenía asegurados unos veinte millones de televidentes y lo mismo podía hundir a alguien de tal manera que después de proyectarse el reportaje, el atacado se veía obligado a encerrarse en su casa, sin salir de ella en unos meses, pues no cabía enviar a *Body* los abogados como vanguardia ofensiva, ya que el joven reportero ataba bien los cabos y no se le podía coger en un infundio o calumnia, que ensalzaba a quien lo merecía y al día siguiente de pasarse el reportaje, el beneficiado se encontraba con todo lo contrario que los castigados por el escalpelo de *Body* que, además, era psicólogo y diplomado en yoga y parapsicología.

Aquella noche, la fiesta estaba animada, pero a *Johnny Body* se le antojaba aburrida.

Se hallaba frente a la barbacoa, moviendo sobre las brasas uno de los largos pinchos de acero que atravesaban tacos pequeños y bien sazonados de carne de ciervo cuando se le acercó la anfitriona con aire muy preocupado. Así lo notó la joven reportero freelance de televisión.

—Johnny, ¿puedes dedicarme unos minutos?

—¿A solas?

La viuda Collins sonrió. En su cabello no aparecían canas, no en vano se gastaba sus buenos dólares en el instituto de belleza. Se conservaba estilizada y podía decirse que tenía un cuerpo hermoso.

En el rostro se le notaban algunos años, pero no realmente los que tenía, ya que en dos ocasiones había pasado por el cirujano plástico para que le tensara la epidermis.

—No seas tonto, Johnny.

—No, si no soy tonto. Es que a solas, muchos pueden pensar que me estoy trabajando a la viuda alegre.

Resuelta, con el desparpajo de quien se siente a sus anchas, lo tomó por el brazo. Johnny arrancó con sus dientes uno de los tacos de carne de ciervo asada y dejó el resto sobre las brasas.

—Me lo quitarán —dijo mirando con pena el pincho con la media docena de tacos de carne.

—Tonto, luego cogerás todos los que quieras, te lo prometo.

Lo arrancó de la fiesta y lo metió en una salita sumida en una agradable semipenumbra. Aquella salita tenía dos sofás y dos butacas, distribuidas en torno al amplio hogar.

Allí, sentada en una butaca, entre desafiante e indiferente, aunque ello pudiera parecer paradójico, había una joven que debía de ser muy alta. Vestía una túnica larga color salmón claro y lucía extraños collares y pulseras.

Su cabello era largo, lacio y dorado, y lo llevaba sujeto en su parte alta por una cinta labrada al estilo indio. La muchacha era rabiosamente atractiva, aunque en aquellos momentos se mostraba fría y distante. Sin embargo, al ver a Johnny *Body* que era alto, aparentemente delgado, con una barba corta que le imprimía carácter y su revuelto cabello de un color negro intenso que le daba un aire de muchacho rebelde, no pudo evitar que en sus ojos glaucos se reflejara la admiración.

La viuda Collins cerró la puerta de forma que no fueran interrumpidos. Johnny se tragó la carne de ciervo y paseó sus ojos por la muchacha con algo de descaro. Luego desvió la mirada hacia la viuda Collins que colocó a su altura.

—Johnny, te presento a mi sobrina Lizza.

—Hum, había oído hablar de ella, pero no sabía que fuera tan hermosa.

—Lizza, éste es Johnny *Body*.

—¿He de decir que ya le conozco de verlo en televisión? —preguntó con algo de sarcasmo.

—Lizza, por favor, no estropees más las cosas. Cuando yo muera, casi todo lo que poseo será para ti, de modo que debes ser más responsable.

—Yo no te pido nada, tía Grace.

—Lo sé, pero de mi fortuna dependen muchos empleados y obreros, no se puede quemar el dinero como tú desearías hacer.

—Si quieren que intervenga en una discusión familiar, lo siento,

pero no es mi especialidad.

Antes de que Johnny *Body* se le escapara, la viuda Collins le atrapó por una muñeca.

—Aguarda... Lizza ha cometido una travesura y hay que ponerle remedio antes de que la travesura se convierta en un escándalo irremediable.

Lizza torció el gesto y suspiró, como si tuviera que aguantar algo que no le interesara en absoluto. Casi inmediatamente, pasó a la ofensiva.

—Johnny *Body*, ¿dice que los escándalos no son su especialidad?

—No necesariamente. El escándalo no lo provoca el periodista, si no el que lo promueve. El periodista sólo hace que informar a la opinión pública de que existe un escándalo.

—Muy bien respondido —aplaudió Grace Collins.

—¿Qué te pasa, tía Grace?, aplaudes siempre las grafías del *enfant terrible*; ¿quieres convertirlo en tu *gigoló*?

—¡Lizza!

—No se moleste, Grace. Lizza está disparando flechas al azar y con mala sangre, a ver si hace daño a alguien y de este modo olvida sus problemas. Es una forma lógica de defensa de quienes no desean enfrentarse a la verdad cara a cara y cargar con la responsabilidad que corresponda.

—Vaya, ni que fuera psicólogo.

—¡Es que lo es, y otras cosas más!

—Caramba, caramba, Johnny. Si fueras un gatito, no encontrarías gata que te defendiera mejor que mi tía Grace. Conmigo es más implacable. Con el cuento de que soy su heredera, tengo que obedecerla en todo y prestar atención a los caballeros que se fijan en mí. Resulta que soy un buen partido, una perita en dulce hasta para los millonarios. Joven, con buen aspecto y encima heredera de la viuda Collins. Podrían fijarse en mi tía y no en mí, ella todavía está de muy buen ver. ¿No crees, Johnny?

—No seas cruel, Lizza —pidió la viuda Collins que se dejó caer en el sofá y comenzó a sollozar como no la había visto nunca Johnny, que encarado con la muchacha le preguntó:

—¿Ya estás satisfecha?

—Yo no tengo la culpa de que ella quiera casarme con un buen partido. Ya sabes, Johnny, un tipo cargado de años y millones.

—¡Eres mala, perversa! —la acusó su tía.

Se volvió hacia el freelance que se sentía en una posición difícil en aquella especie de riña familiar entre mujeres en la que nada tenía que hacer o, por lo menos así se lo parecía a él.

—Johnny, prométeme que no publicarás nada de esto.

—No se preocupe. Lo que para ustedes es muy importante, no creo que lo sea tanto para la opinión pública —objetó, temiendo que todo aquello fuera un estratagema para que él hablara de la viuda Collins.

—Es que esta niña rebelde se ha ido sola por esos mundos de Dios y del demonio. Ha llegado hasta el Himalaya.

—Eso no creo que sea tan malo, Grace. Yo también he viajado por aquellas latitudes y son muy hermosas.

—¿Sabes lo que ha hecho, Johnny, sabes lo que ha hecho?

—No me dirá que traerle un aborigen del Himalaya o un cruce con el yeti...

—No se haga el bromista. No se trata de que haya perdido o dejado de perder mi pureza paseando con un hijo natural.

—Sólo me faltaría eso. Con todo el embrollo que ya se ha armado con la Patricia Hearst ésa, ahora ella, Lizza.

—Si no me explican qué es lo que ha pasado... ¿Ha vendido armas a un grupo disidente de algún país en subdesarrollo? Eso sería bastante normal entre los norteamericanos.

—No te hagas el cínico ahora, Johnny —cortó la viuda Collins—. Lizza ha hipnotizado a Wallace, ¿lo entiendes? ¡A Wallace!

—¿Al presidente del consejo de administración de la W. Electronic Corporation?

—El mismo. Y esta niña me dice ahora que no se acuerda de cómo hay que deshipnotizarle o como que diga, que vuelva a la realidad, a la cordura. Dios mío, como esto trascienda, qué escándalo, qué escándalo.

—Bueno, Lizza es muy atractiva, pero llegar hasta el punto de hipnotizar a un hombre —objetó Johnny tratando de calmarla.

Lizza acababa de meterse un chicle en la boca, un chicle que había arrancado de uno de sus collares; lo había llevado pegado allí como si fuera un adorno más. Comenzó a mascararlo mientras su mirada se perdía en el interior negro del hogar, que estaba apagado y vacío de lodo residuo o ceniza.

—Es que no es una broma, Johnny, es cierto. Tanto ir por ahí aprendiendo de esos gurús, ha llegado a hipnotizar con esos bonitos ojos que Dios le ha dado. Ha dejado a Wallace como idiota, cuando el hombre sólo quería hablarle en serio de matrimonio. Es un hombre muy importante, muy responsable, alto, todavía guapo y de muy buen ver.

—Pues, cástate tú con él y no quieras endosármelo a mí.

—¿La oyes, la oyes? ¿Qué hago yo ahora, Dios mío? Esta chica es peligrosa.

—Se había puesto cargante, empalagoso y baboso. Parecía que tenía tics nerviosos en las manos. Se había empeñado en aprender anatomía femenina a su edad, con el tacto.

—Y lo ha dejado hipnotizado. Me da miedo despertarlo, sé que toma pastillas para el corazón y temo que sufra un ataque.

—Pero ¿es cierto que ha hipnotizado a Wallace?

—Si no te lo crees, entra en la biblioteca y allí lo encontrarás —le dijo Lizza con desparpajo, sin dejar de mascar chicle y señalando con el pulgar por encima de su hombro hacia una de las dos puertas que tenía la salita en la que estaban.

Johnny miró a la viuda Coliins y ésta le devolvió la mirada con actitud suplicante. La mujer había ido a buscarle desorientada, sin atreverse a acudir a un médico, temerosa de que éste pudiera complicar las cosas.

Abrió la puerta y se metió en la biblioteca. Allí estaba Wallace que, efectivamente, era un hombre alto que se conservaba bien. Debía tener la misma estatura y peso que el propio Johnny Body.

Éste se le acercó para escuchar lo que Wallace iba hablando, arrancando recuerdos de su cerebro, y lo había con los ojos abiertos.

Sobre la larga mesa había un magnetófono a *cassette* que Johnny comprobó estaba funcionando.

—Fue por votación... Los justos de la Espada Flamígera limpiarán la nación de basura. Seremos poderosos, invulnerables, invencibles...

Mientras Wallace hablaba, Johnny Body le pasó la mano por delante de los ojos, pero el hipnotizado no modificó su expresión en lo más mínimo.

Body movió la cabeza, preocupado. Detuvo el magnetófono pulsando la tecla correspondiente y sacó el *cassette*. Lo observó en

su mano, se lo guardó en el bolsillo y después regresó a la salita donde se hallaban las dos mujeres.

—Johnny, ¿cómo lo ves? —le interpeló ansiosa Grace.

—Grace, ha de ser ella quien lo arranque de ese estado hipnótico en que lo ha sumido. Debe hacerlo con cuidado, porque podría meterse en líos si la denunciara a la policía.

—¿Lo oyes, Lizza? Ya te lo he dicho.

—Le está bien empleado, por cargante —replicó ella.

—Lizza, yo no te conozco, pero opino que todas esas técnicas orientales que has aprendido no debes emplearlas en sentido negativo.

—Está bien, lo voy a despertar si tú, tía, me prometes no volver a ponerme en una situación humillante, como si fuera una esclava en el mercado.

—Lo que tú quieras, Lizza, pero despiértalo, despiértalo —aceptó su tía.

Lizza se levantó de la butaca para dirigirse a la biblioteca. Johnny le sugirió:

—Antes de despertarlo, quita el magnetófono que hay sobre la mesa. Dile que no recordará nada de lo ocurrido y que se sentirá mal, con dolor de cabeza, como si hubiera bebido unas copas de más. Se sentirá algo aturdido y querrá marcharse. En ningún momento debe sospechar lo que le ha sucedido. ¿Comprendido?

—Comprendido. ¿He de llamarte jefe?

—Llámame como prefieras, pero haz lo que te he dicho si no quieres meterte en un buen lío. Wallace no es de los que perdonan, no lo tomaría como un juego de niños, de eso puedes estar segura.

Lizza se metió en la biblioteca. Al poco, se escuchaban tres palmadas y luego, unas voces. Wallace apareció en la salita con su diestra en la frente. Grace Collins lo miró muy preocupada.

—Ah, está usted aquí, Grace. La verdad es que no me siento muy bien. Deberá disculparme porque me retire de su fiesta.

Johnny hizo un gesto de asentimiento hacia la viuda Collins. Ésta, como si le costara tragar, forzó una sonrisa y dijo:

—No faltaría más, Wallace, no faltaría más.

Wallace abandonó la casa. Lizza, como molesta, se había quedado dentro de la biblioteca, no volvió a salir de ella.

—Gracias, Johnny, gracias por hacerla entrar en razón. Sabía

que tú lo conseguirías sin promover un escándalo. Esa Lizza es muy rebelde. Todavía es una niña y se cree libre para hacer lo que le de la gana. La vida le demostrará que no es así. Dios mío, qué disgusto me ha dado. —Suspiró—. Quién sabe de lo que es capaz Lizza.

—Sólo ha sido una travesura, Grace, una travesura. Ahora, tómese una copita y regrese con sus invitados. Wallace no recordará nada, ya lo verá.

—Johnny, ¿por qué no le hablas a Lizza e intentas que entre en razón? Parece que a ti te hace caso.

—No creo que éste sea el momento más oportuno. Ahora estará pasando su rabieta o disfrutando por lo que ha hecho, quién sabe.

Poco más tarde, Johnny *Body* se alejaba de la mansión en su «Porsche». Mientras circulaba, introdujo en el magnetófono que llevaba incorporado en su automóvil el *cassette* que había sustraído de la biblioteca de la viuda Collins.

No tardó en escuchar el nombre de Salvatore Brezzo, el mañoso asesinado junto con sus hijos y nieto. El tema le pareció muy, pero que muy interesante.

CAPÍTULO III

Consultó su reloj de pulsera, una impecable muestra Ge la técnica japonesa. Llevaba como veinte minutos dentro de la sauna en el Twenty two club.

Medio envuelto en la gruesa toalla, dejaba que por entre sus abiertos poros escapara el sudor, limpiándose así su epidermis de toxinas.

Cuando estaba en problemas y al borde de tomar una decisión importante, le agradaba zambullirse en la niebla de una sauna. Era como sumergirse en un mundo irreal, en un sueño; de esta forma, no perdía su capacidad de raciocinio.

Tenía que meditar. Lo que había hecho Lizza con el industrial Wallace había sido una broma no exenta de mala uva y no habría trascendido de no estar de por medio aquel pequeño magnetófono que la joven había conectado para fastidiar al financiero.

En principio, había pensado grabar la cinta con lo que el industrial Wallace pudiera decir en su estado hipnótico, pero luego, la brusca aparición de su tía $\pm$ a Labia hecho olvidarse del magnetófono.

Johnny *Body* se había hecho con el *cassette* subrepticamente. Si Lizza notaba su ausencia, no iba a decir nada, estaba seguro de ello. Lo que menos le preocupaba era que la chica se enfureciera; lo que le inquietaba era el contenido de la cinta, lo que Wallace había dicho sin saberlo.

Aquel hombre, poderoso en la industria y la política, jamás habría podido sospechar que una joven lo hipnotizaría, pues al cogerlo desprevenido no había ofrecido la más mínima resistencia.

Volvió a mirar la hora. El cristal del reloj estaba empapado y lo frotó con la toalla que aunque estaba húmeda lo dejó limpio.

Si lo que había dicho Wallace de una forma casi atropellada, sin demasiada hilación entre unas frases y otras, era lo que Johnny intuía, aquel reportaje podía ser un bombazo, sólo superado en el último cuarto de siglo por el *Water Gate*.

Por el momento, él tenía un cabo de la madeja y nadie lo sabía, ni siquiera lo sospechaba. Levantar la tapa de aquella cazuela en la que se estaba cociendo algo tan importante como sucio, podía costarle la vida y aquello no era lo peor, pues si perdía la vida, la cazuela quedaría tapada de nuevo sin que nadie, ni la opinión pública ni la justicia, pudiera meter las narices en aquel nauseabundo potaje.

Intuía que era algo muy gordo; sin embargo, sólo tenía un débil cabo en su poder con el que nada podía hacer. Necesitaba más, mucho más, pero conseguir ese «más» era casi imposible. Sin embargo, no habría sido el reportero de televisión audaz, famoso, veraz y arriesga de que era, si no se hubiera lanzado siempre adelante con sólo un «casi» por todo apoyo.

Cuando otros pensaban que ya estaban en el límite, él lo rebasaba. Hasta aquel momento le había ido bien, aunque sabía que algún día, rebasar los límites iba a costarle caro. Aquélla podía ser su ocasión fatídica, pero no que ría echarse atrás.

Había atrapado un cabo brindado por la casualidad *tenía* que jalar de él. Quizá no hubiera un gatito jugando con la madeja de lana, sino una docena de tigres.

Salió de la sauna donde los miembros del club dejaban sus grasas, muchos con gesto aburrido, otros dormitando y tenían que ser avisados por el cuidador al que se había advertido previamente. Otros, cuchicheaban en voz baja.

Johnny salió de la sauna y se metió en la ducha. Se secó, se colocó el tanga y subió al solárium del club.

El solárium, ubicado en la amplísima azotea, estaba ajardinado y en él se repartían las hamacas. Algunos cubrían parte de su cuerpo con sombrillas.

Buscó entre las hamacas hasta hallar a la persona deseada. Tomó otra de aquellas tumbonas articuladas y de escaso peso y la situó junto a la de la chica que tomaba el sol boca abajo.

—Hola, Lizza —le dijo mirando la espalda bellamente tostada por el sol, sin la marca de los tirantes del sujetador que caían por

los lados de la hamaca.

—¿Estabas seguro de que vendría?

—Seguro del todo, no, pero confiaba que no me dejarías en la estacada.

—¿Es cierto que me necesitas para algo?

—Sí —dijo él tendiéndose boca arriba en su hamaca.

—Supongo que no me necesitarás para satisfacer tus instintos.

—No soy de madera, tengo que admitirlo, y a ti sólo hay que mirarte para ver que eres una chica muy atractiva. No me extraña que Wallace te deseara.

—No solo, me deseaba por mí misma, sino también por los millones de mi tía.

—A ti no te importa esa herencia porque no te falta un dólar. Suelen despreciar el dinero quienes lo tienen en abundancia y si arrojan unos cuantos billetes al aire no se quedan con el estómago vacío.

—¿Moralista?

—Observador, simplemente.

—Anda, ponme el ganchito del sujetador, me da pereza torcer los brazos.

Johnny le hizo el favor de colocarle bien los tirantes del sujetador a la espalda, abrochando luego el ganchito. Lizza se dio la vuelta, colocándose boca arriba.

—Johnny, no soy tan tonta como supones. Tú no te dejas embaucar por una chica, las debes de tener en la cantidad que quieras. A los famosos de la televisión no os faltan los «ligues», por tanto ve al grano, porque si andas detrás de los millones de mi tía no los vas a conseguir a través de mí. Mi tía es joven todavía y puede durar muchos años.

—Si yo quisiera dinero de tu tía, me bastaría con abrir la boca.

—Te crees muy listo, ¿eh? ¿Piensas que no me di cuenta de que te llevaste el *cassette*?

—Supongo que sí te diste cuenta. Hubieras cometido una torpeza usándolo para chantajear a Wallace y que te dejara tranquila.

—¿Por qué?

—Nunca se sabe lo que un hombre puede ocultar en su mente. Si has aprendido de algún gurú, grupo de yoga u otras técnicas,

deberías de saberlo.

—Lo sé; soy consciente de que un hombre, en trance hipnótico, puede soltar cosas muy interesantes.

—Pues eres una irresponsable si sabiéndolo has provocado esa situación tan anómala y para la que no estás facultada psicológicamente, aunque en la técnica lo hayas hecho perfectamente.

—A lo mejor te hipnotizo a ti y luego me reiré un rato.

—Inténtalo. Yo no soy Wallace y algo importante el que sé de qué eres capaz. A Wallace lo sorprendiste: semipenumbra, algo brillante, unas palabras casi ronroneantes. Todo perfecto para que Wallace quedara esclavizado a tus malas artes.

—No hay que fiarse de nadie. Después de todo, él se creía el lobo y yo, la inocente Caperucita Roja.

—Y Caperucita dejó idiota al pobre lobo.

—¿Y el *cassette*?

—Lo he escuchado atentamente.

—¿Piensas hacerle tú el chantaje a Wallace? ¿Decía algo interesante la cinta? Mi tía se puso tan furiosa que tuve que dejar a Wallace en la biblioteca. Pensé que luego, escuchando el *cassette*, sabría todo lo que había dicho en trance hipnótico.

—¿Qué le habías pedido?

—Pues, que hablara de lo que le preocupaba, no sé, nada malo creo yo.

—Y ahora, tú tienes la clave de las inquietudes de Wallace.

—Por eso te he pedido que acudieras a esta cita.

—¿Sin que se entere mi tía? —preguntó con algo de malicia.

—Creo que no se molestaría viéndonos salir juntos, pero es algo importante lo que he de tratar contigo.

—¿Siempre respecto al *cassette*?

—Sí.

—Pues, adelante, te escucho. A lo mejor resulta un juego interesante y hasta se me quita el aburrimiento.

—No tan aprisa, pueden surgir problemas.

—¿Qué clase de problemas, que Wallace nos denuncie por intento de chantaje?

—No habrá ninguna clase de chantaje. Tengo un plan en el que Wallace se convertiría en un pelele movido por nosotros sin que se

entero de nada.

—Ese plan parece divertido —se sonrió Lizza— aunque es ilegal, ¿no crees?

—Es posible que lo sea, pero sólo en una parte mínima. El peligro más grande que correríamos no sería el de que nos llevaran a una corte, sino el de que nos vamos a meter en un lío hasta el cuello y de él podemos salir con los pies por delante, si es que nos encuentran.

—¿Tanto peligro hay?

—Sí. Si metemos las narices en los asuntos de Wallace, es posible que desaparezcamos y ni siquiera se lleguen a encontrar jamás nuestros cadáveres. No seríamos los primeros que desaparecieran en el fondo de la bahía.

—¿Tan peligroso es lo que ha quedado grabado en el *cassette*?

—Mucho, por lo menos así me lo parece.

—¿Y no puedo conocer su contenido?

—Para tu seguridad, es mejor que no lo sepas por el momento.

—Si no puedo saberlo, ¿para qué me has citado? ¿Querías burlarte de mí y seguir haciéndote el listo como si yo fuera una televidente más que se traga lo que le dan en pantalla, no importando si es malo o bueno?

—No. Lo que sucede es que me parece que Wallace anda metido en problemas graves y quisiera llegar al fondo de los mismos.

—¿Buscando un nuevo éxito popular con un reportaje de escándalo?

—Buscando tirar de la manta, pero, claro está, el éxito no lo rechazo. No utilizo la falsa modestia en mis diálogos.

—Me agrada que seas directo y vayas al grano, no me gustan los tapujos. Por ejemplo, en otro tema, si yo te gustara, tú, en vez de dar rodeos, deberías preguntarme si puedes acostarte conmigo y listos.

—¿Y qué me responderías?

—Pues que no, yo también soy directa, Johnny, muy directa. Eso no quiere decir que en otra ocasión cambie de idea y en consecuencia, de respuesta.

—Lógico, también puedo yo dejar de hacer esa pregunta que tú has formulado por mí. Me gusta tomar un trago de vez en cuando, pero ello no quiere decir que en ocasiones lo rechace, por muy

bueno que sea ese trago.

—Eso sólo son palabras, hay que demostrarlo con hechos. A los hombres os cuesta mucho rechazar cierta clase de tragos en determinados momentos.

—Cuando llegue la ocasión, ya veremos que sucede —contestó Johnny *Body*, paseando su mirada por el cuerpo cálido de la joven cuyos senos se erguían hacia lo alto, sujetos por la exigua prenda de color amarillo que los protegía.

Hubo unos instantes de silencio. Johnny tomó un cigarrillo del paquete que Lizza tenía junto a su hamaca y le prendió fuego, le dio un par de chupadas y lo pasó a los labios de la joven, tomándolo ella con naturalidad.

Johnny se preparó otro para él mientras reanudaba la conversación. Se había ido por otros derroteros; lo que en realidad deseaba era no hablar demasiado claro a la joven.

—Necesito tu ayuda.

—Y me tienes miedo, ¿no es eso?

—Podría ser. Tú eres una chica capaz de lo más absurdo y grotesco, de la reacción más inesperada.

—Eso puede tener gracia, ¿no? Por lo menos, no resultare aburrida.

—Eso también tiene sus inconvenientes y puede resultar funesto.

—No seas trágico.

—Quiero que hipnotices de nuevo a Wallace.

—Uuuuuu... ¿Qué ocurrirá si le digo a tía Grace que me has pedido eso?

—Supongo que me denunciará por perversión o cualquier otro motivo que se inventen sus abogados. Tiene millones suficientes como para enviarme a un ejército de abogados.

—Sí, creo que sí, aunque pienso que tú no temes a los abogados.

—No soy Superman; no me gustaría pasarme unos años en la cárcel estúpidamente.

—Yo te llevaría un pan con una sierra dentro.

—Muy graciosa. ¿Qué te parece la idea?

—¿La de hipnotizar a Wallace?

—Sí.

—¿Qué gano yo en este asunto?

—Tú no andas buscando dinero, no te hace falta.

—Es posible.

—Yo te puedo garantizar diversión, intriga, peligro, un reportaje en la sección de sucesos y, si me apuras, Pasta que nuestros nombres salgan en las necrológicas.

—Hum, por ahora, lo que puedes ofrecerme parece interesante. Si fuera una burguesita al uso, diría que es horroroso.

—Te advierto que no es lo mismo hablar de necrológicas que ser la figura principal en el entierro.

—Si eso ocurre, trataré de poner cara de buena persona cuando yazca dentro del ataúd. Estoy segura de que tía Grace me obsequiará con un buen modelo tapizado en seda blanca o azul celeste, ella es muy cursi.

—Lizza, creo que nos podremos entender si no haces demasiadas preguntas.

—Si no puedo preguntar, no participo en el juego.

—Eso complica las cosas.

—¿Por qué no quieres hablar? ¿Temes que hable yo demasiado o que te quite el reportaje?

—Tengo miedo por ti.

—No te preocupes tanto por mí, ya sé preocuparme yo sola. Además, todo lo que tú tienes grabado en el *cassette* puedo volver a escucharlo yo de nuevo de viva voz. Podría volver a hipnotizar a Wallace si lo deseara y lo haría sin comunicárselo. Por suerte, Wallace cede fácilmente a mi sugestión, no ofrece ningún tipo de resistencia si le pongo el terreno propicio y yo sé cómo hacerlo. He aprendido mucha técnica en sugestión, hipnotismo y otras artes que antiguamente se podrían considerar brujería, pero que ahora no son más que técnicas. La medicina las utiliza cuando le conviene aunque para que no queden muy vulgares, les cambia la nominación haciéndola más complicada.

—Sé que puedes hacerlo, el otro día me diste una buena muestra de ello. —Chupó el cigarrillo y volvió a hablar—. En ocasiones parece imposible que un hombre como Wallace, al que todos tienen por invulnerable caiga en una trampa tan simple y además no lo sepa.

—Nadie es invulnerable —puntualizó Lizza—. Muchos hombres poderosos basan su supuesta invulnerabilidad marcando distancias y metiendo a mucha gente expeditiva entre ellos y quienes desean

abordarles. Sólo hay que acercarse a ellos y sentarlos en el excusado, tras haberles hecho tragar una pinta de jarabe da manzana, para ver que son como los demás humanos.

—Estoy de acuerdo contigo en esa cuestión, pero Wallace y los que están con él no dejan de ser peligrosos por el poder que tienen. ¿Has oído hablar de un tal Salvatore Brezzo?

—No.

—Pues era un mafioso muy importante, poderoso e influyente. Tenía una familia que era temida por los demás sindicatos.

—¿Quieres decir que esa clase de mañosos todavía perduran?

—Sí, claro que sí.

—Manejan prostitución, drogas y todo eso, ¿verdad?

—Sí, es lo que más sale en los periódicos, pero no siempre es lo más importante. Hay muchos industriales que si no quieren ver sus factorías detenidas tienen que comprar determinadas maquinarias que no les sirven liara nada, pero han de adquirirlas o vender vagones de cereales a determinadas personas. En fin, hay una serie de presiones y desfases a nivel financiero que dejan como ingenuos aquellos primeros desfases que marcaron época, cuando tres o cuatro matones iban por bares y clubs nocturnos pidiendo un tanto por ciento de la recaudación. Ahora, algunos operan a lo grande. Compran chatarra y se la hacen tragar a los sometidos como materia de primerísima calidad, so pena de recibir un fuerte golpe en su economía, huelgas manipuladas, sabotajes supuestamente políticos, accidentes de circulación para la víctima o sus familiares, etcétera, etcétera.

—Sí, es horrible, pero he supuesto que todo eso existía.

—Puedes estar segura de ello. Hay grupos de presión, intereses creados en abundancia y tipos que se meten en el río revuelto y sacan sus buenas tajadas de todo el asunto.

—¿Y qué tiene que ver Wallace con Salvatore Brezzo? ¿Acaso son compinches de guarrerías?

—Salvatore Brezzo fue eliminado con sus hijos y nieto.

—Ahora recuerdo... Creo que lo leí en alguna parte, fue en un castillo italiano traído a Estados Unidos, ¿no es eso?

—Sí. Con la destrucción del castillo no se perdió nada, sólo tenía interés para el propio Salvatore Brezzo. Fue una trampa.

—No me digas que Wallace tuvo que ver con la muerte de ese

mañoso.

—Sospecho que sí.

—Nunca hubiera pensado que Wallace fuera del sindicato, claro que con el poder que tiene, cabía temerlo.

—Posiblemente, si el sindicato descubre que ha sido Wallace, tendrá sus días contados, aunque más bien creo —y miró alrededor, como para asegurarse de que nadie les escuchaba— que nadie sabe nada. La policía anda desorientada y sin demasiados deseos de meter las narices, pues cree que es una *vendetta*.

—¿Y tú quieres que hipnotice a Wallace para sacárselo todo?

—Por lo menos, todo lo que sea posible.

—¿Y después qué harás con la información, correr a la televisión para pasarla por pantalla? Eso significaría mi sentencia de muerte.

—No temas. Quiero llegar al fondo del asunto, nunca vendo un reportaje hasta que considero que lo tengo bien metido dentro de mi puño, no es suficiente con dar rumores. Wallace puede darnos la clave de la existencia de una secta o grupo secreto al que creo pertenece. Poner al descubierto esa clase de sectas ocultas que tratan de monopolizar el poder y las finanzas y que desean mover a los políticos como si fueran títeres, creo que es deber de todo ciudadano americano. La libertad es la fruta más codiciada por los poderosos que tratan de engullirla hasta el rabillo para que nadie más pueda disfrutarla.

—De acuerdo, te ayudaré a sonsacar a Wallace, pero no te garantizo que lo descubra.

—Nos arriesgamos. Tú lo hipnotizas y lo dejas coma la otra vez, explicando sus problemas. Yo te iré pasando preguntas escritas en un papel para que lo interrogues con suavidad, sin sobresaltarlo.

—Hecho, ya veremos qué resulta de todo esto. Tengo la impresión de que nos estamos jugando unos años de nuestra vida, pero si ya lo he hecho una vez, puedo hacerlo otra. Lo que menos va a sospechar tía Grace es que tú, precisamente tú, me pidas que le haga esa faena a Wallace, porque no sé si sabrás que Wallace es uno de los consejeros financieros de mi tía.

—No lo sabía, pero no importa. Mi plan sigue adelante, si es que tú no te echas atrás.

—Cuenta conmigo. Será lo primero divertido que haga desde que he regresado de Oriente.

Johnny tendió su mano y Lizza la suya, y ambas se encajaron en una especie de pacto de complicidad.

CAPÍTULO IV

Cilia era una mujer alta, de líneas elegantes, pero no exenta de las redondeces oportunas y deseables.

Ella decía siempre que le faltaban pocos años para los treinta, aunque la realidad era que los había rebasado. Más, como se cuidaba con mucho esmero y huía del sol que aceleraba la vejez de la piel, Cilia se conservaba perfectamente y podía pasar por la edad que ya había dejado atrás.

Cilia era una mujer divorciada. Se había casado muy joven y ya hacía dos lustros que había obtenido su divorcio. Su educación había sido esmerada, su eficiencia estaba a toda prueba y su coeficiente de inteligencia era alto, lo que asustaba a los hombres.

Pero ello no había sido el motivo por el cual no se había vuelto a casar. Cilia ambicionaba una buena posición social. Vivía sola en un amplio y coquetón chalet que un jardinero cuidaba para que el césped y los rosales estuvieran en su punto. Y cada día por la mañana, cuando ella iba al despacho de la Banca Howard, una asistente le dejaba el chalet impecable. No hacía preguntas y Cilia le pagaba bien. La ciudadora sabía que si se iba de la lengua iba a perder aquel empleo que no era pesado y sí muy bien remunerado.

Cilia, por su eficiencia y belleza, también por su discreción, había escalado rápidamente puestos hasta convertirse en la secretaria particular de Benjamín S. Howard, presidente de la Banca Howard, cargo que la mujer compartía con el abogado de confianza que míster Howard tenía siempre en su despacho para poder consultar cualquier problema jurídico.

Después de aquel despacho de secretariado personal, había la secretaría general, donde dos docenas de personas muy cualificadas se ocupaban del resto.

Cilia era envidiada por su puesto de alta confianza. Nadie en el Banco podía vanagloriarse de haber tenido un «ligue» con ella. Amable, pero cortante, ése era su lema e incluso se comentaba que lo mismo hacía con míster Howard, quien no se tomaba ninguna libertad con ella; sin embargo, míster Howard y Cilia tenían un comportamiento muy diferente en el Banco que en el chalet de la joven, el cual tenía dos entradas, una de ellas muy discreta por el jardín posterior.

De vez en cuando, Cilia era visitada por míster Howard, quien sabía que podía confiar en su eficiente secretaria. No era ninguna niña y sí muy inteligente. Cilia sabía lo que le convenía y míster Howard estaba seguro de que era así; por ello, Cilia nada pedía ni míster Howard se veía obligado a prometerle nada.

La mujer no tenía problemas económicos, míster Howard no le hacía jamás un regalo que no fuera dinero para no comprometerse en absoluto. Míster Howard tenía familia, con tres hijos que ya iban ocupando puestos en la sociedad y no quería problemas. Su posición era fuerte y tenía amistades políticas. No quería escándalos y con Cilia se sentía seguro. Además, Cilia resultaba tan diferente de su esposa que resultaba ridícula toda, comparación.

Cilia tenía su puesto en el Banco muy asegurado y míster Howard no la incordiaba demasiado. Míster Howard no era precisamente el tipo de hombre que podía hacer feliz a una mujer, pero tenía poder, influencias, dinero.

Al principio, a Cilia le había parecido suficiente, pero al paso del tiempo, había tenido la sensación de que no era bastante. Por ello, pese a que no había dado facilidades, había cedido ante el acoso de Leo Hacket.

Leo Hacket era un hombre alto, un tanto agresivo, relativamente joven y agradable en su trato, aunque había algo de cinismo en su sonrisa.

Hacket ocultaba casi siempre sus ojos tras unas gafas oscuras de cristales redondos y usaba una pulsera de oro del tipo esclava, con una veintena de valiosas esmeraldas engarzadas en cada uno de los eslabones.

Leo Hacket era el amor que la compensaba de los favores obligados que debía otorgar a Howard y siempre sonriendo para no demostrar hastío. Leo Hacket se había filtrado en su vida de una

forma rápida y absorbente.

Parecía un tipo que sabía lo que quería y no le había cedido que se casaran ni nada por el estilo. Tampoco le había hecho preguntas impertinentes como Cilia temiera en principio. Si Leo le hubiera hecho una sola pregunta respecto a su trabajo o a míster Howard, ella habría cortado tajantemente aquella amistad íntima, más Leo Hacket no había mencionado en absoluto a Howard ni a la banca. Parecía interesado sólo en conservar su idilio con la mujer.

Habían frecuentado algunos clubs nocturnos, habían ido a la playa y hecho excursiones, lo pasaban francamente bien. Leo Hacket, que era un hombre recio y dinámico, no le había provocado el más mínimo escándalo.

Cilia no recelaba en absoluto de Leo Hacket que, sin embargo, tenía una vida algo irregular y, según él, viajaba mucho.

Cilia sólo se había sentido plenamente enamorada, disfrutando del placer del amor, cuando Hacket la besaba, la acariciaba, le hacía compartir la plenitud del amor.

En aquellos momentos, Cilia devoraba el placer, todas sus sensaciones, más al pasar las horas, su mente se enfriaba de nuevo y volvía a ser completamente dueña de sí misma, aunque en ocasiones, mientras esperaba la visita furtiva de Hacket, se había preguntado qué haría si aquel hombre de la esclava de esmeraldas le pedía que se marchara con él.

No estaba segura de su respuesta y agradecía que Hacket no la pusiera en aquella disyuntiva en los instantes en que los besos del hombre se multiplicaban en toda la sedosa piel de su cuerpo, haciéndola estremecer.

Hacket abandonó la cama, separándose de Cilia, y se metió en la ducha, dejando la puerta abierta.

El agua fría cayó como finos dardos sobre él. Las esmeraldas de la esclava goteaban agua y los ojos claros, tan claros que la luz solar le lastimaba, evitaban mirar la luz del cuarto de aseo. Leo Hacket sufría ftofobia, por ello usaba las gafas oscuras y no por snobismo.

—¿Te vas ya?

—Sí, he de salir de viaje.

—¿Lejos?

—A Denver, tengo un asunto que resolver en la ciudad de la milla.

—¿Cuándo volverás?

—La semana próxima, ya te llamaré. ¿Hace?

—Lo que tú digas —respondió Cilia. Su cabello estaba desparramado sobre la larga almohada. Fumaba mirando a), techo y no hacia el cuarto de baño.

—¿Podrías hacerme un favor?

—¿Otro?

—Tonta —se acercó, secándose con la larga toalla—. Es que tengo una maleta llena de libros que pesa lo suyo. Ya sabes que tengo un auto deportivo y necesitaré el maletero para cargar otras cosas cuando regrese de Denver.

—¿Y qué quieres que haga con esa maleta?

—Bueno, está llena de librotos. No pretendo que los leas, sólo que la metas en algún armario hasta que yo vuelva por ella. —Se arrodilló sobre la cama y la besó en los labios con picardía—. Así te aseguras que volveré, le tengo mucho aprecio a esos libros.

—¿Pornográficos?

—No, son tostones incunables. Tengo que vendérselos a un tipo que se chifla por esas antiguallas. Yo no sería capaz de leerlos, pero los pagan bien y ya sabes que yo hago negocios así, a salto de mata.

—Métela tú mismo en cualquier armario, pero no dejes ninguna etiqueta pegada con tu nombre.

—No temas. Confío en que no se lo darás a ningún vagabundo, ¿eh?

—No, claro que no —respondió ella.

Le cogió por el cuello con sus manos, metiéndole el humo del tabaco por la boca. El hombre lo expulsó por los orificios de la nariz.

Poco más tarde, Leo Hacket iba a su «Alpine» de importación y regresaba con una recia maleta de cuero con cerraduras de gran calidad. La maleta era marrón claro. Leo la alzó en el aire, mostrándosela.

—La pongo en este armario, ¿eh?

—Como quieras. Cuando vuelvas, si no me han robado los salteadores de hogares, ahí mismo la encontrarás.

—Gracias, encanto.

La maleta era de tipo más bien grande y pesaba mucho, aunque Leo Hacket disimulaba haciendo esfuerzos sin que se le notara.

Cilia le vio partir, haciéndole una señal de despedida con la mano. Anduvo por casa, puso un disco y cuando se hubo cansado de escuchar música, fue hasta la maleta y trató de abrirla, pero las cerraduras no eran nada vulgares.

Quiso moverla y comprendió que pesaba demasiado para la fuerza que podían desarrollar sus bíceps femeninos. Se encogió de hombros y la dejó.

Al día siguiente, míster Howard le hizo la contraseña, pidiéndole que tuviera en cuenta una cita que tenía que realizar con míster Brown.

Cilia sabía muy bien lo que significaba aquella cita con el supuesto míster Brown. Aquella tarde, compré una botella de *whisky* escocés importado, de la marca preferida de míster Howard.

Vaporizó la casa con esencia de pino que ayudaba a la respiración del banquero que era algo asmático. Graduó el aire acondicionado a veintidós grados Celsius que era lo que al hombre le apetecía y cuidó de que el calentador del agua estuviera en su punto.

Todo estaba perfecto, incluido el ajustado atuendo de piel de leopardo que tanto agradaba al banquero. Cilia era una secretaria eficiente en todo, incluso en aquellas horas extras que le resultaban altamente retribuidas.

A Howard le gustaba que Cilia no se metiera en ningún lío, que la policía no conociera ni siquiera su existencia por ser intachable y sobre todo, que no fuera alcohólica ni drogadicta, pues ello podía acarrear problemas posteriores.

Howard era un hombre puntual y aquella noche tampoco falló.

Conducía un coche vulgar y de un modelo algo pasado para no llamar la atención, pues poseía media docena de automóviles distintos entre sí, que introdujo en aquel garaje que no parecía tener ninguna trascendencia.

Cerró la puerta y por una entrada posterior, pasó al jardín del chalet de Cilia. De allí, fue hasta la puerta de la cocina, cuya llave poseía. Abrió y se introdujo en la casa.

No muy lejos de allí, en otro auto vulgar que nada tenía que ver con un rápido «Alpine», un coche robado, estaba Leo Hacket con unos prismáticos.

Leo Hacket mostraba una media sonrisa por entre la que

asomaban sus dientes, algo más estrechos y afilados de lo normal.

Los prismáticos vigilaban las ventanas del chalet de Cilia y pese a que estaban las persianas echadas, por ellas escapaba algo de luz. Al fin, cuando se encendió una luz roja y débil, apenas perceptible para quien pudiera pasar por la calle, Hacket sacó un pequeño artilugio electrónico de su bolsillo, del tamaño de un transistor pequeño.

Tenía una especie de dial y un botón. Movi6 el dial hasta poner la flecha indicativa señalando la zona roja. Apoy6 su pulgar sobre el botón y dijo:

—Buen viaje, Cilia.

Nada más pulsar el botón, se escuch6 una atronadora explosi6n.

Leo Hacket se encontraba a una distancia muy considerable; sin embargo, el autom6vil sufri6 una violenta sacudida mientras en el cielo nocturno se elevaba una gran llamarada que apenas dur6 uno o dos segundos.

Dispersos, en un radio de acci6n de casi una milla, cayeron los restos de lo que fuera el chalet de Cilia. All6, donde hab6a estado la vivienda de la secretaria del banquero Howard, ahora s6lo quedaron cimientos arrasados.

Leo Hacket, dando por terminado su trabajo, puso el autom6vil en marcha y se acerc6 despacio al lugar siniestrado. En mitad de la calle hab6a restos de muebles y paredes.

En aquella colonia residencial de chalets de alto precio, comenzaron a asomar sus vecinos, excitados y asustados. Muchos de ellos se hab6an quedado sin cristales en las ventanas.

Un autom6vil de la polic6a, que deb6a haber o6do la explosi6n, se acercaba haciendo ulular su sirena. No deb6an haber tenido ni tiempo de avisarle.

Leo Hacket aceler6 la marcha de su veh6culo para escapar de all6, pero uno de los agentes se fij6 en la matr6cula de su coche y la transmiti6 por radio a la central. Casi inmediatamente, recib6 la advertencia de que el coche que acababan de ver hab6a sido robado.

El coche patrulla, viendo que del chalet s6lo quedaban ruinas insalvables, sali6 en persecuci6n de Leo Hacket que ya estaba lejos.

El veh6culo policial fue ganando terreno y Leo Hacket disminuy6 su velocidad, dejando que se le acercaran m6s mientras sacaba una granada de mano. Le quit6 el seguro y aguard6 a que los faros del

coche patrullero estuvieran más cerca.

Entonces, lanzó el artefacto por la ventanilla. Rebotó en el asfalto y fue a parar debajo del patrullero, haciendo explosión.

El coche policial saltó por el aire dando una vuelta de campana mientras todo él reventaba y se incendiaba casi inmediatamente. Leo Hacket huyó sin dificultad hasta una calle tranquila; allí abandonó el automóvil robado y a pie fue hasta una motocicleta de trial. Montó en ella y se alejó con rapidez del lugar. Sabía que en breves instantes la zona se iba a llenar de autos policiales. Los agentes de la ley no iban a quedarse muy contentos ante lo que había sucedido a sus compañeros.

CAPÍTULO V

Lizza había rentado un apartamento en el Steel-Grass Building.

Aquel edificio era muy aséptico y resultaba más que difícil que pudiera crearse una intimidad entre los respectivos vecinos, entre otras cosas, aparte de los perfectos aislamientos que había entre los distintos habitáculos, porque los que allí vivían ya buscaban ese aislamiento.

Allí no había más relación comunitaria que pagar las facturas que se producían por el mantenimiento de los servicios comunes. Era como un hotel donde nadie se conocía y ni siquiera había un saludo o un adiós.

Las relaciones sociales de vecindad eran totalmente nulas y al parecer, nadie allí las echaba a faltar. La vida agitada y preocupada, llena de trabajo y citas de aquellos seres que habitaban en el Steel-Grass Building, no dejaban resquicio para ir a preguntarle al vecino si estaba ya bien de la gripe o si le molestaban demasiado las almorranas cuando iba al teatro.

Aquel apartamento, por su discreción, había sido elegido por Johnny *Body*, quien lo había recomendado a Lizza para llevar a cabo su extraña y peligrosa investigación.

Todo estaba listo, nada quedaba fuera de lugar. El apartamento había sido decorado con una técnica oriental que si en principio semejaba tranquilizante, a la larga podía tornarse inquietante.

Unos juegos de discretos reflectores iluminaban unas máscaras colgadas de la pared o dardos de luz se dirigían hacia estatuillas adornadas con piedras talladas que si no eran gemas valiosas, sí lo parecían y reverberaban la luz de forma centelleante.

Lizza se había vestido con su sari color salmón y se había colocado unas lentillas doradas que hacían que sus pupilas brillaran

de forma espectacular si convergía una luz en ellas, una luz que, por otra parte, no molestaba a sus retinas, porque las lentillas eran en sí mismas filtrantes.

Wallace, el presidente de la W. Electronic Corporation, introdujo su coche en el garaje y lo estacionó en la plaza doscientos veintidós, que correspondía al apartamento de Lizza.

Wallace se había vestido con un traje claro que le Favorecía y rejuvenecía. No había cometido la cursilada de comprar un ramo de flores, pero sí llevaba en su bolsillo varios pares de entradas.

Según el gusto de Lizza, podían ir a escuchar un concierto, a ver una obra teatral o a comer en un restaurante con *show*.

Había dejado la noche libre a su chófer y había tomado un auto pequeño y discreto dos plazas, un «Mercedes-Benz» descapotable, de color azul metálico.

Apenas sonó el timbre de carillón al pulsar el botón, cuando se abrió la puerta y apareció Lizza.

Wallace carraspeó. La muchacha no era un asuntillo más, una aventura que cualquier hombre casado podía tener sin que nadie se enterara. Wallace era viudo y podía hacer lo que le viniera en gana sin provocar escándalo, pero para él, Lizza era una cosa muy especial.

Era joven, hermosa e inteligente y, además, la heredera de la viuda Collins. No es que a Wallace le hiciera falta dinero no tenía que preocuparse por una herencia que podía representar algunos millones de dólares, pero desde su punto de vista, siempre era preferible que la elegida tuviera plata. De este modo, ya era seguro que si conseguía casarse con ella, la joven no lo haría por el vil interés.

Lizza podía pisar fuerte en la *high life* sin ser mirada con recelo por los demás millonarios que la componían.

—Adelante, Wallace.

El hombre pasó sin hacer ruido al caminar sobre la gruesa moqueta color almendra tostada. Lizza cerró la puerta y sin avanzar todavía, dijo:

—Creo que le debo una disculpa por mi comportamiento de la otra noche.

—Por favor, Lizza, quien debe una disculpa soy yo. Me temo que bebí algo que no me sentó muy bien. Aquella noche hasta tuve

pesadillas, no conseguía conciliar bien el sueño. Quizá es que me impresionaste mucho. Tu tía me había hablado mucho de ti. Creía que eras una chiquilla estudiante, pero me encontré con una mujer muy hecha.

—Es usted muy halagador —dijo ella—. ¿Quiere tomar un trago?

—Sí. Por cierto, he traído unas entradas. ¿Adónde preferirías ir esta noche?

—No lo sé, podríamos tomar algo mientras lo pensamos. Tía Grace me ha asegurado que es usted un hombre muy educado e interesante.

—Te agradecería que me tutearas.

Lizza invitó a Wallace a sentarse en el cómodo sofá mientras en la mesita preparaba las bebidas. Luego, se acomodó cerca de él y le pidió que le hablara.

—¿Qué quieres que te diga, Lizza?

—No sé, cosas tuyas, de tu vida. Debe ser apasionante.

—No lo creas. Los negocios, al principio, son apasionantes, pero luego terminan aburriendo. En el fondo siempre es lo mismo. En cambio, tú has estado en Oriente, has visitado lugares exóticos. ¿Has encontrado la fuente de la verdad y de la libertad de que tanto hablan muchos?

—Creo que la libertad hay que encontrarla dentro de cada uno de nosotros. —Suspiró y pidió—: Anda, relájate un poco.

Le aflojó la corbata sin que Wallace se opusiera. La situación era agradable. Lizza había hecho un juego de luces y un haz débil, pero efectivo, dio en sus pupilas que estaban sólo a un par de palmos del rostro del hombre.

—Tienes unos ojos extrañamente dorados.

—Trucos femeninos. Te advierto que no soy tan ingenua como puedas pensar.

—Quizá eso sea más divertido. Hay mujeres que de tan honestas resultan soberanamente aburridas.

Con el cuello de la camisa aflojado y un vaso de *whisky* en la mano, Wallace se dejó acariciar el cuello y la nuca por la mujer.

—Francamente, Lizza el otro día no me pareciste tan asequible.

—Estaba molesta. Las mujeres tenemos días lunáticos, ¿no lo sabías?

—Eso dicen.

—Anda, relájate. Soy tu gatita, mírame a los ojos...

—Sí, ya te miro, los tienes muy hermosos. ¿Usas siempre esas lentillas doradas?

—No me hagas preguntas, confía en mí. Mírame a los ojos, soy tu gatita...

Comenzó a mover despacio las pupilas en círculos. Lo hacía de una forma lenta y rítmica.

—Relájate, tienes sueño, mucho sueño.

—No tengo sueño —rebatió Wallace sin fuerzas.

—Sí, lo tienes. Los párpados te pesan, te pesan, y es porque tienes sueño. Debes convencerte de que tienes sueño. Mira mis ojos...

—No puedo, me pesan los párpados.

—Abre los ojos, mira mis pupilas, pero es mejor que te relajes, que duermas. Estás dormido. Te sientes a gusto, sin problemas, nadie te estorba. Estás conmigo, con Lizza...

La joven comprendió que lo había hipnotizado sin que Wallace pudiera oponer resistencia, puesto que ignoraba lo que le iba a ocurrir. Lizza comprobó que Wallace había quedado bajo su influencia. Sin saberlo, Wallace era muy sugestionable.

Podía ser que hubiera asistido a la consulta del psiquiatra en ocasiones y ya estuviera familiarizado con las relajaciones. El caso era que había quedado hipnotizado.

Lizza le quitó el vaso de *whisky* de la mano y lo depositó sobre la mesa.

Fue hacia la habitación y tras abrir la puerta, apareció el joven reportero de televisión llevando un bloc en su mano.

—Johnny, ya está listo.

—Diablos, eres como una pitón hipnotizando macacos. Quién podría sospechar que una chica mona como tú puede dejar fuera de combate a un coyote del calibre de Wallace.

—No es tan difícil. Algún día tengo que probar contigo.

—De acuerdo, a lo mejor me sacas algún complejo de la niñez y termino chupándome el dedo.

Miraron a Wallace y no tuvieron compasión de él. Johnny *Body* sabía lo peligroso que podía ser.

—Lizza, dile que hable de las cosas que le preocupan.

—Wallace, Wallace, ¿me escucha, me escuchas?

—Sí, Lizza, te escucho.

—Libérate, tienes problemas, muchos problemas, pero tus amigos te los resuelven.

—Sí, unidos tenemos la fuerza.

Johnny *Body* fue pasando por escrito a Lizza las preguntas que deseaba que hiciera.

—Los Justos de la Espada Flamígera serán fuertes e invencibles, nadie podrá contra vosotros.

—Es cierto, somos poderosos y los que se oponen son exterminados.

—¿Por qué exterminasteis a Salvatore Brezzo?

—¿Brezzo? Brezzo no era americano, se interponía en nuestros negocios y quería cobrar *racket*. El comenzó a sospechar nuestra existencia, osó amenazarnos y no sabía que teníamos fuerza para exterminarle a él y a su familia. Y así fue, le enviamos al verdugo.

Johnny anotó una nueva pregunta que Lizza formuló en voz alta.

—¿Quién es el verdugo?

—No sabemos quién es el verdugo. Nadie conoce a nadie y menos al verdugo.

—¿Cómo es posible que sea así si os reunís para determinar quién ha de ser destruido? —le preguntó Lizza.

—Celebramos una reunión periódica. Cada uno llega al garaje secreto del Jaws Building y allí nos ponemos la capucha que cada cual lleva consigo y utiliza su llave para abrirse paso hasta la reunión. Toma asiento y participa de la reunión.

—¿Seguro que no os conocéis?

—Sospechamos quiénes somos. Cada uno hacemos nuestra petición y el motivo de la misma. Luego, se somete a votación.

—Si se pide una ejecución y la votación sale positiva, ¿qué ocurre? —inquirió Lizza, leyendo la pregunta que le había pasado Johnny.

—Si sale afirmativo, es como una sentencia dada por un jurado. La sentencia se pasa al verdugo y él se encarga de iodo. Tiene medios ilimitados y es muy eficiente.

—Pero ¿por qué extermináis a determinados hombres?

—No siempre es igual —respondió en su trance hipnótico—.

Cada miembro del club de los Justos de la Espada Flamígera expone sus motivos y los demás deciden sí o no. No siempre se pide que se mate a alguien; a veces se pide ayuda, colaboración financiera, industrial o apoyo político y se vota.

Lizza volvió a mirar al bloc que le tendía Johnny y leyó la pregunta.

—¿Quién ordena el apoyo a cada uno de los miembros del club de los Justos de la Espada Flamígera?

—Tenemos un presidente. Él nos conoce a todos y dice quién debe actuar en cada momento. Se recibe la orden y se cumple.

—¿Y si no quiere cumplir?

—Su supervivencia se somete a votación.

—Pero ¿cómo se sabe quién ha sido?

—Cada uno de los miembros tiene un número. Yo soy el siete.

—¿Cuántos sois?

—Doce.

—¿Quién será exterminado en la próxima ocasión?

—Ya ha sido exterminado —respondió con bastante seguridad dentro de su estado hipnótico.

Lizza y Johnny se miraron preocupados. Con trazos rápidos, el periodista tornó a escribir otra pregunta en el bloc.

—¿Quién ha sido exterminado?

—Howard, el banquero, provocó la quiebra de una: cadena de moteles. Perseguía a uno de los miembros del club. Se le advirtió que cediera y no hizo caso.

—¿Y Howard ha sido exterminado?

—Sí, nos desafió. Se creía muy fuerte y el verdugo recibió la orden.

—¿Pagáis una cuota por pertenecer al club?

—No.

—Entonces, ¿cómo cobra el verdugo por sus ejecuciones?

—Cuando se vota una ejecución y se pasa la orden al verdugo, cada miembro del club debe depositar cien mil dólares en el lugar que se indique previamente.

—¿Qué lugar?

—Cada vez es diferente.

Johnny volvió a escribir; esta vez era una objeción más que una pregunta.

—Cien mil dólares es mucho.

—Sí, es caro, pero es fiable y jamás compromete a nadie. La ejecución corre totalmente de su cuenta, nadie puede quedar como su cómplice. Cien mil dólares es caro, de este modo nadie pide una ejecución si no está fundamentada en algo grave. Además, el que propone la ejecución paga doble y nadie paga doscientos mil dólares por un capricho, sino por necesidad.

—Es cierto, Wallace, es cierto. ¿Y no sería mejor pagar a un sicario particular? Resultaría más barato.

—Pero no tan perfecto. El verdugo es un artista, conoce su trabajo como nadie, no falta ni compromete a nadie ni chantajea después, porque somos un grupo fuerte y si lo hiciera, él sería exterminado. Todo lo peligroso, lo que no podemos lograr por nosotros mismos, lo conseguimos en el club de los Justos. Apoyaremos a un político y si nos hacemos fuertes, a la larga obtendremos un presidente de los Estados Unidos, ésa es nuestra meta y exterminaremos a todos los que se opongan a nuestro objetivo.

—¿Entonces, cuándo será la próxima reunión? —preguntó Lizza. Johnny estaba sumamente interesado en aquellos detalles.

Wallace, sin saberlo, estaba sometido a un interrogatorio a fondo. Como no era nada vital para su existencia, respondía con normalidad, no cerraba sus compuertas cerebrales porque ignoraba que se le sometía a un interrogatorio interesado.

De haberlo previsto, no habría respondido nada y de recordarlo al despertar, se habría horrorizado, sometiéndose a votación en el club la exterminación de Lizza y Johnny *Body*.

Lizza fue comprendiendo todo el problema. Pudo darse cuenta de que estaban pisando un terreno muy peligroso como Johnny le advirtiera al pedirle ayuda.

Aquel club de los Justos de la Espada Flamígera era una especie de secta pragmática con intereses mutuos de la que se excluía toda religión, aunque no el racismo, pues eran racistas según podrían comprobar más adelante.

Una secta muy peligrosa que dejaba a la ley al margen y operaba totalmente por su cuenta, arrogándose el poder de vida y muerte sobre los que consideraban sus enemigos.

CAPÍTULO VI

Johnny *Body* tenía ya en sus manos unos datos importantes relativos a aquella organización secreta, un grupo de presión aparentemente reducido, pero que resultaba muy poderoso, porque poderosos eran en sí mismos cada uno de los miembros que lo integraban.

Sin embargo, los datos que poseía no eran suficientes para ir a la ley y hacer una denuncia, porque la denuncia se volvería en su contra. A Wallace le bastaría con negar y pagar un buen abogado y nada le sucedería; en cambio, él y Lizza, si es que salvaban la vida de una posible represalia, terminarían en la cárcel por calumnia y perjuicio de escándalo público.

No, no podía recurrir a la ley todavía, ni siquiera podía montar un espectacular reportaje de televisión. No era suficiente acusar a alguien; si no podía demostrarlo, nadie iba a tomar en serio las palabras de un hombre hipnotizado.

Debía seguir adelante en su investigación y ahora más que nunca. Tenía que identificar a todos los miembros que componían aquella sociedad secreta que se llamaba a sí misma, pomposamente, los Justos de la Espada Flamígera.

Aquella especie de secta, que tenía más de económica que de otra cosa, podía tener ciertas concomitancias con el Ku-Klux-Klan, aunque a diferencia de éstos, los Justos de la Espada Flamígera parecían concentrar todo su interés en la protección y desarrollo económico.

Ahora ya estaba más seguro que nunca de que si lograba el reportaje a base de denunciar, de descubrir a aquella secta sin escrúpulos, con las manos manchadas en sangre, no importando si las víctimas eran personas serias o simplemente mañosos sería el

reportaje más importante de su vida. Si lo conseguía, la ley saltaría sobre ellos antes que la opinión pública rugiera de indignación y los buscara para lincharlos.

No podía dejar las cosas como estaban. Tenía que investigar más, tenía que arriesgarse y buscar pruebas.

Lizza había asentido con la cabeza cuando él le había pedido que le ayudara a seguir adelante. Tenían una poderosa y sutil arma a su favor. Wallace era fácilmente hipnotizable por Lizza que utilizaba una técnica muy sofisticada.

Era aparentemente ingenua, pero rabiosamente eficaz y cualquier psiquiatra o hipnotizador de circo sabía que había una máxima que en más del noventa por ciento de las veces no tallaba: El ser que era hipnotizado por otro en más de una ocasión, luego quedaba casi a merced de su hipnotizador. Se creaba una especie de dependencia psicológica y cada sesión resultaba más fácil que la anterior, puesto que el hipnotizado apeaba ya toda resistencia ante el que psicológicamente era superior a él.

En el caso de Wallace y Lizza, el primero ignoraba lo que le estaba ocurriendo, pues al final de cada sesión en que Wallace era sonsacado, Lizza le exigía que olvidara todo lo ocurrido y solía decirle que tendría un ligero dolor de cabeza, producto de una cefalea o de un exceso de bebida.

Incluso, en una de las ocasiones y a instancias de Johnny, había hecho creer a Wallace que había pasado un rato con la joven y que luego se había dormido profundamente.

A Wallace, aquello no le había sentado nada mal; al despertar parecía muy contento, cuando todo había ocurrido sólo en su imaginación.

Al quedarse a solas Lizza y Johnny, la joven le había reprochado lo ocurrido.

—No me gusta lo que hemos hecho, no me gusta.

—Si no ha pasado nada.

—Me siento como si hubiera ocurrido, es como si me hubieran violado.

—Tonterías, le has dado datos falsos. El cree que tienes un lunar de una pulgada de diámetro, lo cual no es cierto.

—¿De qué servirá eso? —preguntó ella escéptica.

—Muy fácil; si alguna vez se vanagloria, tú puedes demostrar

que no es cierto, que él miente, puesto que careces de ese lunar.

—Muy gracioso, pero no me gusta. Me siento como una prostituta.

—Me doy cuenta de que los medios que estamos utilizando para llegar al fin son un poco especiales. En algunos momentos podemos parecer hasta repugnantes, pero esto es una guerra y no veo otra forma de desenmascararlos.

—¿Crees que lo conseguiremos?

—Si no me matan, creo que sí. Wallace bebe los vientos por ti, cree que eres su amante.

—Sólo es su imaginación —puntualizó la joven.

—Es cierto, pero él lo cree y eso es lo que importa, por lo tanto no te va a rehuir. Y va a ser necesario otro encuentro con él.

—Cada vez me da más miedo lo que estamos haciendo. Jugamos con lo más secreto de un ser humano, con su intimidad más honda, con sus pensamientos sin que él lo sepa. Se los extraemos con pinzas, se los robamos.

—No tengas remordimientos, es un asesino y eso no es lo grave. Lo grave es que hay un grupo completo de asesinos secundado por un verdugo sumamente eficaz en su tarea, un verdugo especializado. Con esas pinzas psicológicas que utilizamos en el hipnotismo, podremos llegar hasta ellos hoy mismo.

—¿Hoy?

—Sí, hoy.

—No lo conseguirás.

—¿Por qué no?

—No te podrás hacer pasar por él.

—En mis tiempos de estudiante, pertenecí al grupo de teatro. Wallace y yo tenemos una estatura bastante similar, lo mismo que la complexión. Por suerte, es un millonario que no le ha dado por engordar.

—Pero tú, aunque lleves barba, te ves muchísimo más joven que él.

—Eso ya veré de arreglarlo. Lo he preparado todo, le he sacado hasta las huellas. Tengo un amigo especialista en ciertos asuntos del mundo del hampa; yo le he hecho algunos favores y él me los ha devuelto. Logré sacarle las huellas dactilares a Wallace y verás como todo sale bien.

—¿Y si no sale?

—Llévame flores a la Morgue.

—No me gustan esas bromas, Johnny.

—Vaya, no me digas que te estás enamorando de mí —le dijo más que preguntó, con un brillo burlón en sus pupilas mientras la cogía por los brazos suavemente.

—No seas engreído. Te secundo en todo esto porque si de verdad existe un grupo de hombres que se creen con poder para exterminar al que les estorba, quiero ayudar a desenmascararlos.

—Y además no te aburres, es lo que me dijiste.

—Es cierto, te lo dije, pero tampoco me gustaría que me tomaras por más estúpida de lo que soy en realidad. No por ser rica y posible heredera de una fortuna hay que ser idiota forzosamente.

—Lo sé, lo sé. Luchas por ser tú misma y no es fácil cuando ya estás etiquetada en la sociedad. Por cierto, llevas una blusa muy original.

—¿Original, por qué?

—Sus botones son grandes y bonitos.

—¿Tú crees? —preguntó ella mirando los botones que iban desde el cuello al nacimiento de los pantalones, algo bajos de cintura. Después, observó al hombre entre suspicaz y burlona.

—Es divertido que estén numerados del uno al siete.

—Sí, a alguien, se le ocurrió que cada botón podía llevar un número —dijo ella tocándose el superior, que cerraba el escote.

—Es como disparar un cohete.

—¿Un cohete? Que tonterías dices —opinó ella sin moverse, pese a que el hombre se había adelantado tanto que el aliento de ambos se cruzaba y entremezclaba.

Johnny alzó las manos y tomó el botón superior entre sus dedos.

—Es el siete.

—¿Y qué pasa con el siete?

Johnny hizo saltar el botón del ojal.

—Siete... —Volvió a saltar otro botón—. Seis... —Desabrochó un tercero—. Cinco...

—¡Cuidado!

—¿Crees que esa cuenta atrás debe interrumpirse?

—Sí.

—Bueno, ya ha saltado el cuatro.

—Esa cuenta atrás debe detenerse hasta mejor ocasión. Creo que el tiempo no es apropiado para un buen lanzamiento.

—Dejaré a un lado mi humanidad impulsiva y trataré de ser frío como un científico para buscar mejor ocasión para la cuenta atrás.

—Perfecto, Johnny. Nunca me han gustado los hombres torpes que no saben controlar sus instintos. Hay que tener instintos y deseos, es humano también, pero hay que saber controlarlos.

—¡Hum! ¿Eso también te lo enseñaron en oriente?

—Puede.

—Yo también he hecho yoga y otras disciplinas orientales, pero siempre con *mente sana in corpore sano*. Todo muy limpio y aséptico, muy espiritual; sin embargo...

—¿Qué?

—Pues, que no deja de preocuparme algo.

—¿Puedo saber qué es ese algo?

—Verás, hay mujeres yoguis que se retuercen de una forma escalofriante. Se ponen los talones en el occipucio y otras menudencias por el estilo.

—Es cierto. Yo, la verdad, no liego a tanto. Creo que para conseguir esas técnicas hay que comenzar en la niñez y descoyuntar los huesos sin causarse un daño irreparable. Es lo mismo que hacen algunos artistas de circo. Han sido preparados desde pequeños por sus cuidadores y de mayores son unos contorsionistas que escalofrían.

—Eso es. Y yo me pregunto, ¿cómo harán el amor?

Subió un ligero rubor a las mejillas de Lizza que creía estar hecha a todo, mas frente a Johnny *Body* no se sentía tan segura.

—¿No te parece que ya es suficiente interrogatorio?

—Sí, creo que me estoy pasando. Es una deformación profesional, siempre ando haciendo preguntas para obtener la verdad.

—Y ofrecérsela al público televidente ávido de carnada, de trapos sucios.

—Puede que el público sea así o, por lo menos, parte del público, pero si se indigna, aunque en el fondo algunos sádicos disfruten ante un hecho repugnante, es válido.

—¿Válido, por qué?

—Porque si se indignan, la ley se ve obligada a intervenir con

rapidez y dureza y en el fondo eso es lo que yo pretendo. Muchos creen que ando detrás de mi éxito personal y no es así. El éxito personal ha venido solo, por denunciar lo que muchos otros, por miedo o por estar sobornados, no se han atrevido a airear. Ahora, creo que debemos poner toda nuestra atención en el plan que vamos a seguir para llegar hasta los Justos de la Espada Flamígera. Nada puede fallar. Si sale mal, recuérdalo, llévame flores a la Morgue. ¡Ah! Mis ojos, mis riñones, mi sangre y mis huesos, puedes decir que les entreguen a los hospitales que los necesitan para trasplantes. Llevo ya la tarjeta de donación entre mis documentos, pero si mi cadáver aparece desnudo, encontrarás una copia de esa tarjeta en mi apartamento. Sería una pena que algo que se puede aprovechar en bien de los que lo necesitan se perdiera estúpidamente.

—Johnny, eres un tipo muy especial. Creí que todos los que componían la sociedad americana estaban podridos por el consumismo y tú...

—¿Yo qué?

—Bueno, como no tengo palabras que decir, ¿por qué no haces un pequeño ensayo, pero sólo pequeño? —De lanzamiento.

—Sí.

—¿Hasta qué número he de llegar en la cuenta atrás? —No te pases, sé consecuente— ronroneó ofreciéndole sus labios que Johnny sudo aprovechar.

Y fue consecuente, aunque algo menos de lo que esperaba Lizza, pero no se quejó.

CAPÍTULO VII

El taxi se detuvo frente a la casa del industrial Wallace.

El presidente de la W. Electronic Corporation, que era lo mismo que decir su propietario, pues además poseía unos buenos paquetes de acciones subsidiarias y afines, paquetes que le permitían controlar la empresa a su voluntad o hacerla desaparecer del mapa si así le interesaba, vivía en una amplia mansión en la colina de San Bruno, desde la que se dominaba la bahía de San Francisco.

Era una mansión grande y reformada, aunque conservaba su primitivo estilo, pues en aquella mansión ya era la cuarta generación de los Wallace que vivía. El primero había hecho construir apenas una gran cabaña, un hombre que se había enriquecido en las minas de oro.

Sus descendientes se habían dedicado a hacer producir el oro del primer Wallace allí afincado.

Wallace vivía junto a unos tíos que eran matrimonio y ya estaban en una completa senilidad. No molestaban al industrial y financiero en absoluto porque se dedicaban a vegetar por los jardines.

Wallace mantenía aquella mansión más por el prestigio que significaba que porque le agradara vivir en ella. Había construido un lujoso *cottage* de playa más al norte, en la mismísima costa atlántica y se refugiaba en él con los amores que iba teniendo, amores pasajeros que no dejaban huella.

Se había llegado a preguntar qué haría si se volvía a casar y su mujer le pedía una casa moderna. Por supuesto, la mansión se podía demoler y edificar en el mismo lugar algo más apropiado y confortable, acorde con las técnicas de funcionalidad, confort y arte de vanguardia, pero aún no había llegado ese momento.

Para Wallace, aquella mansión, aunque lujosa, envidiada y costosa de impuestos, era algo así como aquella pareja de ancianos tíos suyos que le sonreían, pero que ya no le hablaban a él ni se hablaban entre ellos mismos. Dos seres caducos que esperaban morir encarados al sol de California, allí donde el astro rey cada tarde semejaba hundirse en el océano como para calentarlo un poco y dar vida a los seres subacuáticos.

Había escogido un coche pequeño e iba a montar en él cuando el portero le advirtió de la visita.

—Míster Wallace, una señorita llamada Lizza Collins quiere pasar —le dijo a través del interfono.

—¿Lizza? Que pase, que pase.

El portero franqueó la puerta, dejó pasar a Lizza y luego le señaló un vehículo eléctrico de aspecto playero, sólo cubierto por un toldo para protegerse del sol y un inesperado chaparrón.

Lizza subió al vehículo y el portero se puso al volante, ascendiendo por el asfalto particular.

El portero, conduciendo el pequeño vehículo eléctrico, cruzó la explanada donde solían aparcar los automóviles que allí llegaban cuando se celebraba una fiesta una explanada que ya había sido planificada por el primero de los Wallace allí afincados para que se detuvieran los carruajes.

Wallace aguardaba al pie de su coche y miró a Lizza con las cejas un tanto enarcadas. La joven saltó del vehículo y el portero dio media vuelta, alejándose de nuevo hacia la portería de los jardines de la mansión donde tenía su garita y cuidaba de la gran verja de hierro pintada con oligisto, lo que hacía que brillara reflejando el sol.

—Lizza, ¿qué ocurre?

—Tenía que hablarte.

Wallace vaciló.

—Es que no me has avisado.

—Sólo serán unos minutos.

—Es que tengo una cita ineludible. ¿No te importaría que hablásemos en otro momento?

—Sólo será un instante. Subamos al coche, hablamos y luego me dejas por ahí en cualquier parte. He venido en un taxi.

De tratarse de otra mujer, Wallace se habría deshecho de ella. Se

le notaba inquieto, pero amaba a Lizza y tenía proyectos con ella, proyectos que cada vez tomaban más cuerpo.

—Está bien, sube al coche, te dejaré en el centro. Me gustaría dedicarte todo el tiempo, pero tengo que acudir a una cita de negocios completamente ineludible. Espero que sepas comprenderlo.

—Lo comprendo, claro que lo comprendo. —Subió al coche, suspiró, puso cara triste y unas lágrimas asomaron a sus ojos.

—¿Qué te pasa, por qué lloras?

—Se trata de tía Grace.

—Grace, ¿qué ocurre con ella?

—Escúchame, por favor, escúchame y cree en mi sinceridad.

—Sí, creo en tu sinceridad. Explícate, si puedo hacer algo...

—Necesito que creas en mí, que me mires a los ojos con intensidad. Si no lo haces así, no podré estar segura de que me comprendes.

—Ya te miro, habla.

—Tranquilízate, no es nada irremediable. Mira mis ojos fijamente y me comprenderás. Mira mis pupilas, míralas bien.

—Sí, ya las miro.

—Siento sueño. ¿Sientes sueño tú también?

—¿Sueño?

—Sí, tienes sueño —insistió suavemente, rodeándole el cuello con sus brazos—. Relájate, relájate, estás conmigo, estás con Lizza. Tranquilízate, no sufras por mí. Relájate, tienes sueño, mira mis ojos... Míralos y luego cierra tus párpados. Tienes sueño, mucho sueño, ahora ya duermes —le dijo, sin poder evitar un ligero remordimiento por usar su poder de sugestión con aquel hombre que se había enamorado de ella—. Ahora seguirás tranquilo, no despertarás todavía, pero conducirás tu coche. Saldremos de aquí. Conducirás despacio y harás caso de lo que te diga. Es por nuestro bien, para que no tengamos ningún accidente. ¿Comprendes, Wallace, comprendes?

—Sí, Lizza, comprendo.

—Pues, da al contacto —le pidió sin prisa.

En estado hipnótico, dominado por la voluntad de Lizza, Wallace puso el coche en marcha.

Descendió por el asfalto en dirección a la verja. El portero, al

verle venir, abrió la verja y el coche ni siquiera se detuvo. Lizza, dándose cuenta de que los recelos de Wallace estaban mermados por la hipnosis, vigiló.

—Cuidado, despacio, disminuye la velocidad...

Wallace condujo despacio, ignorante del estado en que se hallaba, pues la hipnosis a que le sometía Lizza cada vez surtía efecto más rápidamente por la dependencia que se había creado entre ambos al no ofrecer el hombre ninguna resistencia, ni siquiera prevención hacia la joven, frente a cuyos ojos quedaba siempre embelesado.

Se detuvo frente a los semáforos, sin cometer ninguna infracción. Lizza estaba atenta a todo y Wallace la obedecía con facilidad. Conducir no era nada que fuera contra su voluntad.

—Ahora te detendrás suavemente frente al Yellow Shopping Center que está unas cuadras más abajo en línea recta.

Sin sacudidas, Wallace detuvo su coche frente al establecimiento indicado. Lizza buscó a Johnny a través de sus lentillas doradas y un hombre se acercó al auto, abriendo la portezuela. Lizza lo miró y quedó, sorprendida.

—Johnny ¿eres tú?

—Ptsss —él pidió silencio y señalando a Wallace... dijo en voz baja—: Ordénale que se acomode en el asiento posterior para que descanse.

—Sí —asintió Lizza perpleja.

El parecido de Johnny con Wallace era ahora muy grande. Johnny había conseguido una caracterización casi perfecta. Hubiera sido un magnífico actor de teatro, nada fallaba en él. El color del cabello coincidía, ya no tenía barba ni bigote y se había adosado al rostro suplementos plasticosméticos.

—Wallace, apéate del coche y pasa al asiento de atrás. Así descansarás.

—Sí, descansaré.

Wallace se apeó del auto y pasó al asiento posterior. Otro vehículo estuvo a punto de atropellarle y tocó el claxon. Lizza y Johnny se miraron, temiendo que se fuera a despertar con el sobresalto, mas no ocurrió así.

Wallace se acomodó en el asiento de atrás mientras Johnny, con su nuevo aspecto, que se parecía mucho a Wallace, pues sólo

poniendo uno al lado del otro se podía apreciar la diferencia, se colocó frente al volante. El vehículo reanudó la marcha.

—Descansa, Wallace, descansa, tienes mucho sueño —musitó Lizza.

Johnny sabía bien el camino que debía tomar. En una de las hipnosis a que había sido sometido Wallace, éste, respondiendo a las preguntas que se le hacían, había dicho cuándo y dónde se iba a reunir el comité de los Justos de la Espada Flamígera.

Condujo el automóvil de Wallace hacia el Jaws Building y una vez frente al edificio, lo introdujo por la rampa descendente que conducía al *parking* de automóviles.

Descendió al subsótano tercero y circuló hasta encararse con una puerta metálica de color gris oscuro que estaba cerrada y sobre la cual un rótulo rojo advertía que allí no se podía aparcar.

Cualquiera supondría que aquélla era una entrada para servicios propios del edificio. Johnny puso en marcha la radio del auto y movió el dial en dirección contraria. Después, pulsó un botón por tres veces y la señal de microondas puso en movimiento el sistema de cierre electrónico de la puerta que se abrió para dejarles paso.

El automóvil pasó al interior de un garaje pequeño que tenía unos números muy claros en cada plaza de *parking*. Johnny condujo el auto hasta el número siete y lo detuvo frente a la pared.

Lizza miró alrededor, temiendo ser descubiertos, pero allí no había nadie visible.

El garaje sólo tenía una débil bombilla y había que utilizar los faros del propio vehículo para poder ver. Aquello tenía su justificación, porque de esta forma nadie podía identificar a nadie.

—Ponte en el asiento de atrás y dile que duerma.

—Sí —asintió Lizza, pasando al asiento posterior.

Con una ganzúa, Johnny abrió la guantera del coche y de ella sacó una capucha negra y una llave. Había también una pistola que prefirió no tocar.

Se encasquetó la capucha y sólo aparecieron sus ojos, la boca y un par de pequeños orificios para la nariz.

—Ten cuidado, Johnny, ten cuidado. Me da miedo todo esto, ha dejado de ser una broma. Ya no es una chiquillada.

Lizza sumió a Wallace en un sueño que parecía profundo. Aquella técnica, aprendida en sus correrías por Oriente y unida a las

facultades de sugestión que poseía de forma innata, le habían hecho conseguir aquel éxito fácil con Wallace.

Lo que la joven cavilaba era cómo hipnotizar a Johnny *Body* para hacer de él lo que quisiera. Apartó esta idea de su mente sacudiendo la cabeza cuando ya Johnny se alejaba hacia una puerta de ascensor que allí había.

Lizza y Wallace quedaron medio hundidos en el asiento posterior, de forma que si entraba un nuevo automóvil no fueran descubiertos.

El ascensor tenía una cerradura. Johnny introdujo la llave en ella y el elevador se puso en marcha, descendiendo la cabina hasta donde estaba la puerta. Sólo tuvo que jalar del pomo para que se abriera. Pasó al interior del camarín, la puerta se cerró y pulsó el único botón que había, por lo que no cabía equivocarse.

El ascensor comenzó a elevarse. Johnny no podía saber hacia qué piso iba, ya que no había puertas que rebasar. Al fin, se detuvo y la puerta se abrió automáticamente.

Frente a él apareció un pasillo enmoquetado con luces indirectas, colocadas casi a ras de suelo, de forma y manera que en el caso de cruzarse dos personas, sería muy difícil reconocer ningún rostro.

No había ventanas y a derecha e izquierda se abrían unas puertas numeradas.

Se fijó en la puerta señalada con el siete y tomando el pomo, lo hizo girar. La puerta cedió. Estaba utilizando siempre el número que correspondía a Wallace.

Detrás de la puerta siete había una salita pequeña con una única y cómoda butaca, una mesita y un teléfono sin marcador.

Johnny tenía que seguir el juego como si fuera Wallace y desconocía casi todos los detalles del mismo. Tenía que dejarse llevar, procurando no cometer ninguna torpeza que le pusiera al descubierto.

Se sabía ya en la mismísima guarida de aquella extraña y desconocida secta de los Justos de la Espada Flamígera de la que ni los periódicos más incisivos y vanguardistas tenían noticia.

Era una sociedad tan secreta que sólo ellos sabían que existía y se defendían entre sí de forma tan drástica que incluía la exterminación total y expeditiva de sus enemigos con medios

complicados y hasta sofisticados, lo que indicaba que el verdugo, el nuevo Anastasia del pequeño, pero poderosísimo sindicato, era muy efectivo.

No estaba seguro de poder lograr su objetivo. Tenía que pasar inadvertido y ahora, con la cabeza bajo la capucha, ya no se le podía confundir con Wallace, aunque contaba con que entre los miembros del grupo tampoco se conocían.

Parecía difícil averiguar cómo se llegaba a pertenecer a aquella secta. Tenía que existir una cabeza rectora, aparte de la del verdugo, que moviera los hilos e invitara a participar en el grupo a quienes pudieran interesar por su poder político, industrial o financiero, pero ¿quién sería aquel enigmático personaje?

Cavilaba sobre las posibilidades que tenía de esclarecer aquel feo asunto cuando una luz piloto sobre el teléfono, que era insonoro, comenzó a parpadear intermitentemente.

Johnny *Body* descolgó el auricular y se lo aplicó a) oído para escuchar.

—La reunión va a comenzar —anunció una voz.

Johnny colgó, como dándose por enterado. Ignoraba si había que responder algo.

Aguardó unos instantes. No tenía deseos de llegar el primero, pero era difícil saber si alguien pasaba por delante de su puerta sin abrirla, porque la moqueta era muy gruesa y amortiguaba las pisadas.

Se decidió a abrir la puerta y salió al pasillo, donde cruzaban otros encapuchados como él. Nada les podía delatar. Los había altos y bajos, más magros o más obesos, predominando estos últimos.

Anduvo junto a ellos hacia el fondo del corredor, donde una puerta de acero inoxidable se abrió para darle paso a una sala de reuniones que era ciega. Carecía de ventanas y no había forma de averiguar en qué lugar del edificio estaba aquella sala.

Johnny trataba de buscar algo que le indicara una posición geográfica. Allí no se podía determinar dónde estaba el norte o el sur, el este ni el oeste ni dónde estaba el sol.

Las paredes se hallaban tapizadas con gruesa moqueta granate y la aireación se efectuaba por un conducto de acondicionador que pertenecería a la totalidad del edificio.

Había una larga mesa de estilo colonial inglés de caoba. Calculó

las butacas que estaban situadas frente a la mesa y contó la que le parecía debía de ser la séptima, contando a partir de la derecha de la presidencia.

Los encapuchados se acomodaron y quedaron en silencio. No había forma de identificar a nadie. Tres de ellos calzaban guanés negros que también usaba el mismísimo ser que ocupaba la presidencia.

El sujeto que más le llamó la atención fue uno que detrás de los agujeros de la capucha dejaba ver unos cristales oscuros que correspondían a unas gafas. Aquel individuo tenía en su mano derecha una esclava con esmeraldas engarzadas en cada uno de los eslabones de oro.

Trató de descubrir algo significativo en las manos del presidente, pero no consiguió ver nada. No llevaba anillos y sus manos estaban enguantadas. Quizá, si en algo destacaba, era en que tenía la cabeza bastante gorda.

—Podemos comenzar. Esta reunión ha sido convocada por tres peticiones —dijo el que ostentaba el puesto de presidente.

Johnny trató de identificar su voz, pero le resultó totalmente impersonal.

Nadie dijo nada, todos permanecían silenciosos y atentos. El presidente continuó:

—Hacen falta diecisiete millones de dólares para evitar una posible quiebra de la W. Electronic Corporation. Decidiremos si se le concede crédito del fondo que tenemos o se le niega. La petición está en regla y es parte del poder que controlamos. Se someterá a votación.

El encapuchado de la esclava de esmeraldas sacó unas cartulinas negras y blancas. Se levantó de su asiento y fue ofreciéndolas a los encapuchados. Cada uno de ellos fue eligiendo una cartulina negra o blanca, a voluntad, y colocándola sobre la mesa.

Cuando le llegó su turno, Johnny *Body*, que sabía muy bien que Wallace era el presidente de la W. Electronic Corporation y habría solicitado aquel crédito para salir de un mal trance sin que trascendiera a la opinión pública, tomó una cartulina blanca y la puso frente a sí.

El personaje de la presidencia hizo otro tanto. Después, todos miraron al hombre de la pulsera de esmeraldas que efectuó el

conteo.

—Ocho positivos, cuatro negativos, aprobado el crédito — anunció el presidente.

Nadie dijo nada, no se elevó una sola queja, y la presidencia volvió a hablar.

—Hay una solicitud para deshacerse de la *Blues Navy*, ya no es rentable. ¿Alguna observación?

Uno de los encapuchados objetó:

—Los barcos, en vez de desguazarse, pueden ser vendidos a algún país subdesarrollado a cambio del montaje de dos multinacionales de nuestro grupo. Eso sería más rentable que enviar la naviera al desguace.

—Se harán dos votaciones. La primera, por el desguace —dijo la presidencia, de una forma mecánica e impersonal.

El hombre de la esclava ele esmeraldas preparó la nueva votación que resultó negativa. El propio Johnny participó con su negativa, siguiendo el juego de la mayoría. No quería destacar en nada para que no se fijaran en él.

—Vamos a votar por la segunda propuesta —indicó el presidente.

Se realizó la tercera votación y salió positiva. La presidencia dijo entonces:

—El que ha propuesto la nueva votación se encargará de llevarla a cabo. Los demás deberán facilitar su labor en cuanto requiera.

A Johnny le pareció que todas aquellas palabras no comprometían a nada. El mismo las estaba grabando en un micro-magnetófono situado en la hebilla de su cinturón y no veía forma de identificar la voz del presidente.

Las tarjetas de votación, pese a los guantes que algunos calzaban, sí podían ser un elemento importante. Con ellas se podían identificar las huellas y con las huellas clasificadas, se podía determinar quiénes participaban en aquella reunión secreta e ilegal donde se decidían negocios sucios e incluso sentencias de muerte, arrogándose el poder de ruda y muerte sobre el prójimo.

La propuesta de vender a un precio casi regalado los barcos a un país subdesarrollado era ciertamente lucrativa. Bastaría llenarlos de pintura para darles un aspecto flamante, ocultando grietas y graves oxidaciones. A cambio, obtendrían permisos y concesiones

especiales con desgravaciones fiscales para instalar algunas multinacionales que dependían del grupo que componía la secta de los Justos de la Espada Flamígera, un nombre que sonaba muy medieval, pero que les iba bien, pues en caso de ser descubiertos, en un proceso siempre podrían responder que formaban una secta religiosa, al margen de las religiones conocidas.

De esta manera, ocultaban sus verdaderos intereses, como tantas y tantas veces se había hecho a lo largo de la historia de la humanidad.

—Ahora, queda el plato fuerte de la reunión —dijo la presidencia—. Las veinte hectáreas del Arena Side. Todos sabemos que esta zona se halla ocupada por edificaciones con más de cien años. Son casas que están ruinosas porque no se han reparado. Sus rentas son bajas y actualmente están ocupadas por chicanos. Es un tema público que se ha llevado a la alcaldía. La sociedad financiera en la que todos participamos con acciones, aparte de los demás negocios que poseemos, compró Arena Side. La compra fue fácil, el negocio era aparentemente ruinoso, mas ya existe un proyecto muy avanzado en el ayuntamiento para declarar en ruina total Arena Side. Se han construido apartamentos en vertical al este de la ciudad. Quedan algo lejos, pero hay una línea de autobús que por la carretera accede hasta San Leandro, al este de la bahía. Los chicanos, que forzosamente han de abandonar Arena Side, tendrán viviendas más asépticas en el nuevo barrio que hemos edificado para ellos justo a la autopista del este. Los chicanos alegan que la ubicación de las viviendas que se les han construido están muy lejos, media hora de autopista a noventa millas hora. Los chicanos de Arena Side están habituados a vivir en casas de una sola planta, con algo de jardín, casas viejas con mucho terreno, más del que necesitan. El proyecto avanza en el Ayuntamiento. Por supuesto, estamos presionando para que por orden municipal se les obligue a abandonar Arena Side y ocupen sus nuevas viviendas, sin pago inicial alguno y con una renta mensual bastante aceptable. Todo funcionaría bien si no hubiera un movimiento de rebeldía de los chicanos que se niegan a abandonar Arena Side.

»Hacen manifestaciones a través de los medios de información, no quieren marchar de Arena Side cuyas veinte hectáreas nos pertenecen. Ellos exigen que si sus casas son demolidas por ser

declaradas en ruinas, se edifiquen otras nuevas en el mismo lugar. Están dispuestos a pagar rentas más altas, pero no aceptan moverse de donde están. Esa rebeldía nos causa problemas. Todos recordamos que aquí mismo, en votación, se acordó que Arena Side era el lugar idóneo, rodeado de zonas verdes y no parasitarias, para edificar el Justy Televisión Building, un edificio grande y espectacular con cien pisos de altura y dotado de los mejores sistemas de televisión.

»Tendremos nuestra propia emisora de televisión, totalmente a color y con los métodos más avanzados de cuadrafonía. No habrá emisora de televisión en todo el continente que supere a la Justy Televisión, con el sonido y el color más perfectos.

»Tenemos encargado un satélite artificial propio para abarcar a través de él todos los Estados Unidos, Canadá, México y Centro América hasta Venezuela, incluyendo Cuba. No se aceptará publicidad ordinaria; la utilizaremos para nuestra publicidad particular y manipular lo que nos interese, emitiendo, por supuesto, los programas más sugestivos. Cinco hectáreas de base edificadas y quince hectáreas alrededor del edificio de zona ajardinada. Un proyecto magnífico, pero no utópico, es perfectamente realizable. Todos los estudios están hechos. Se han invertido los primeros fondos y se han edificado las viviendas para los chicanos, tenemos los permisos necesarios para instalar la emisora de televisión. Somos influyentes en la alcaldía, en la gobernación e incluso en Washington y cada vez lo seremos más. Es un poco raro, pero entre todos reunimos fondos suficientes para no quedar quebrados.

»Sin embargo, una simple estupidez se opone a nuestros planes, un obstáculo llamado Moragas, un líder entre los chicanos. Es pobre como una rata, pero tiene poder de convocatoria. Fue un famoso jugador de béisbol y es un luchador nato, aunque ya tenga las sienes blancas.

»Moragas mueve muchos hilos y es capaz de reunir millares de chicanos frente al Ayuntamiento y eso crea problemas. En la alcaldía, pese a que tenemos fuerza, no quieren ser acusados de segregacionistas. Los chicanos se pueden dominar como a cualquier otro grupo étnico cortando su cabeza, así el cuerpo yace quieto.

Nuestro proyecto no puede seguir adelante porque los chicanos no quieren abandonar Arena Side y marchar a sus nuevas viviendas

en la autopista del este. Si Moragas desaparece antes de un mes, los *bulldozers* arrasarán, toda la basura de Arena Side y se podrá colocar la primera piedra del Justy Televisión Building.

»La votación es necesaria. Moragas es nuestro obstáculo, es un personaje difícil y ha de desaparecer sin que se produzca escándalo, porque su muerte sería asociada de inmediato a las reivindicaciones de los chicanos de Arena Side. Si se vota que Moragas sea exterminado, el trabajo será perfecto, de modo que no se abrirá ninguna investigación.

El hombre de la esclava de esmeraldas repartió de nuevo las tarjetas blancas y negras. En este caso, la tarjeta blanca significaba afirmativo al proyecto de exterminio del líder Moragas.

Johnny colocó la tarjeta negra. No podía votar el exterminio ele un hombre como el chicano.

—Once positivos y uno negativo.

Moragas estaba condenado a muerte como antes lo estuviera Salvatore Brezzo, el banquero Howard y otros que Johnny desconocía. Ahora, no sólo lucharía por la obtención del reportaje, si no por salvar la vida del líder Moragas.

CAPÍTULO VIII

Johnny *Body* comprendió que la grabación de todas aquellas palabras era muy interesante. Saltarían a la opinión pública cuando pudiera llevar a la pantalla el reportaje que pensaba extraer de aquellos sucios negocios organizados por un grupo secreto de presión económica.

Se daba cuenta de que la cinta magnetofónica no tenía validez jurídica y tampoco hubiera servido de nada fotografiarlos, pues iban encapuchados. No obstante, la grabación crearía un estado de indignación en la opinión pública americana y, en consecuencia, se abriría una investigación oficial para esclarecer los hechos.

Johnny estaba convencido de que podría luchar contra los Justos de la Espada Flamígera si no le descubrían y se deshacían de él, eliminándole antes que al ya sentenciado Moragas.

—Tienes que hacer un trabajo perfecto. No hay reproches por tus trabajos anteriores, pero éste debe ser más perfecto todavía. Todos los gastos corren a cargo de la sociedad financiera comunitaria de nuestro grupo y, por supuesto, tu precio personal será el de siempre. El precio doblado lo abonará la presidencia en éste, caso.

El hombre de la pulsera de esmeraldas y que protegía sus ojos con las gafas oscuras tras la capucha, asintió con la cabeza.

La sesión había concluido y todos se fueron levantando de sus respectivas butacas.

Johnny no tuvo prisa, siguió el ritmo medio y al salir de la sala, pasó al corredor. Vio que cada cual, en vez de dirigirse al ascensor, se introducía en la salita que correspondía a su número e hizo lo propio, siempre imitando lo que hacían los demás.

Allí, tomó asiento y aguardó hasta que la luz intermitente del

teléfono sin timbre llamó su atención.

—Número siete, puedes marchar.

Volvió a colgar el auricular. Había hablado una voz de mujer, lo que le extrañó, pues no había visto a ninguna mujer. Iba a marcharse cuando el teléfono volvió a producir luz intermitente. Lo cogió de nuevo y la misma voz femenina preguntó:

—¿Por qué has votado negativo? La muerte de Moragas es necesaria.

Johnny tuvo la impresión de que aquella voz que escuchaba a través del hilo telefónico, algo distorsionada, la conocía, mas no estaba seguro de ello.

Se dijo que si hablaba corría mucho peligro; su situación era tan delicada como peligrosa. Su voz podía delatarle y prefirió no responder y colgar. Aquello podía demostrar una actitud que dejaría perpleja a la persona que le interrogaba.

Salió en dirección al ascensor y tuvo que introducir la llave en la cerradura para que el ascensor funcionara y le descendiera al *parking*.

Allí, siempre con la capucha puesta, se dirigió al automóvil de Wallace. A simple vista no se advertía la presencia de Wallace ni de la propia Lizza. Subió al coche sin decir nada y lo puso en marcha.

Lizza no le preguntó nada, no hizo ninguna observación.

Johnny *Body* accionó el control por ondas de la puerta del garaje secreto y ésta se abrió automáticamente. Pasó a los subsótanos del Jaws Building y por las rampas fue ascendiendo hasta la salida.

Ya por el camino, se había quitado la capucha. Si alguien le veía al pasar, le identificaría como al mismísimo Wallace, ya que así iba caracterizado.

Johnny condujo el coche hacia el parque del San Andreas Late, Allí, en un mirador discreto, lo detuvo. Giró la cabeza hacia atrás y se encontró con la mirada de Lizza.

—¿Qué ha ocurrido?

—Cosas graves.

—¿Te han descubierto?

—Creo que no.

Lizza miró a Wallace, que continuaba dormido bajo su poder hipnótico.

—¿Qué haremos ahora?

—Vas a mentalizar a Wallace de que ha asistido a la reunión.

—¿Crees que será posible?

—Sí, si le convences de ello. Le dirás que han asistido todos y que han votado por un crédito de diecisiete millones de dólares para la W. Electronic Corporation.

—¿Quieres decir que Wallace está al borde de la quiebra?

—Eso parece, aunque tiene acciones en muchos otros asuntos, especialmente en una financiera anónima en la que participan los doce miembros del grupo secreto de los Justos de la Espada Flamígera. Esa sociedad financiera anónima es la que paga todos los proyectos comunitarios, es decir, los que benefician al grupo en conjunto. Es un poco complicado, pero muy sucio. Cuando esto se sepa, va a ser un bombazo. Si no los linchan, será un milagro, pero vayamos ahora a lo más inmediato. Le dirás que la *Blues Navy* será casi regalada a un país subdesarrollado a cambio de instalar en él unas multinacionales con desgravámenes fiscales y altos beneficios.

—¿Todo eso es lo que se ha votado?

—Sí, y falta lo más importante.

—¿Y qué es?

—El exterminio del chicano Moragas. Dile que el plan de Arena Side sigue adelante para construir la Justy Televisión Building.

—Eso es una atrocidad. Moragas es un líder entre los suyos, lucha por las reivindicaciones sociales de los chicanos y es un hombre admirable.

—Por eso quieren eliminarlo. Dile que él ha votado en contra de la muerte de Moragas, es el único que lo ha hecho así. Tienes que hacerle creer que ha presenciado la votación, no te será difícil. Ha asistido a tiras reuniones que son iguales, puesto que los personajes encapuchados son los mismos.

—No sé si lo conseguiré. Hipnotizarle es una cosa; convencerle de algo que no ha hecho es otra.

—Pues has de intentarlo. Tiene que convencerse de que ha asistido a la reunión. Ellos deben creer que todo era normal, no pueden sospechar nada si no queremos que se retraigan en sus planes.

—Pero, si siguen adelante matarán a Moragas.

—Trataremos de evitar ese crimen. Tengo una vaga idea para poder identificar al verdugo de su organización secreta.

—¿Quién es el verdugo?

—Lo ignoro, pero creo que cuando llegue el momento podré identificarlo.

Lizza suspiró.

—Trataré de hacer creer a Wallace que ha estado en la reunión y le diré lo que tú me has explicado, descuida.

—Bien, puedes empezar a contárselo. Luego le dirás que cuente hasta cincuenta y al término de cincuenta, podrá despertar. Nosotros habremos tenido tiempo de alejarnos.

—Me parece bien, pero no puedo garantizarte el éxito.

—Inténtalo. Tu poder de sugestión sobre Wallace es muy grande, ya lo has demostrado.

—Wallace, Wallace, tu sueño es más ligero, más ligero... Me estás escuchando, Wallace, me escuchas, Wallace —dijo Lizza con su voz cadenciosa.

—Sí, te escucho —respondió el financiero, por completo en manos de la joven.

—Acabas de salir de la reunión de los Justos de la Espada Flamígera. AHÍ estabais todos los encapuchados. ¿Te acuerdas, Wallace?

—Sí, he estado en la reunión.

Lizza siguió introduciendo en su mente todos los datos proporcionados por Johnny. Al final, le pidió:

—Ahora contarás hasta cincuenta, despacio, muy despacio y después despertarás. No recordarás haber dormido, te sentirás cansado y querrás volver a casa, pero no olvidarás lo que se ha votado en la reunión. Tú no querías que Moragas muriera, recuérdalo, no querías. Empieza, uno, dos, tres...

—... Cuatro, cinco...

Lizza y Johnny abandonaron el automóvil, dejando a Wallace dentro de él. La pareja tomó un taxi y ya dentro del vehículo de alquiler, Lizza preguntó:

—¿Adónde vamos?

—A mi apartamento.

—Hura... ¿Yo también he de ir?

—Sí. ¿Me tienes miedo?

—No, no te tengo miedo. ¿Crees que sacarás un buen reportaje de todo esto?

—Creo que sí, pero con salvar la vida del chicano Moragas ya me sentiría satisfecho.

—¿Cómo podrás evitar su muerte?

—No lo sé todavía, pero algo habrá que hacer.

—Ese verdugo que tienen es muy eficiente, ¿verdad? Por lo que he averiguado de la muerte de Salvatore Brezzo, fue un trabajo realmente astuto y perfecto, que debió de costar muchos dólares.

—Sí. Ese verdugo cobra su parte por el trabajo y los gastos los incluye en los fondos de la organización, por eso se permite el lujo de cometer asesinatos que nadie más que él puede llevar a cabo. No se trata de apostar a uno, dos o tres tiradores de élite con rifles de gran precisión y mira telescópica; él lo hace más a lo grande. Fara él es como hacer una obra de arte, creo que disfruta en cada trabajo, se siente satisfecho de ellos. Y lo cierto es que resulta diabólicamente eficiente. Ninguna otra familia de mafiosos se hubiera atrevido a atacar a Salvatore Brezzo y él lo exterminó de una forma espectacular, sin peligro por su parte y sin que la policía estatal pudiera averiguar nada de nada. Un grupo de los más avezados detectives policiales ha investigado el caso y no han descubierto quién encargó el desmontaje del caserolino de Monte Brezzo en Italia y lo hizo reedificar aquí en Estados Unidos. Han encontrado a los arquitectos, pero ellos ignoraban que el lugar ya estaba repleto de dinamita antes de que hicieran los cimientos. Un hombre muy eficaz.

—¿Y no podrías denunciar a la policía que se reúnen en el Jaws Building?

—¿De qué serviría? Son gente importante, millonarios todos ellos, con un ejército de abogados que los sacaría de la estación de policía en breves minutos, sin que nadie pudiera probar nada en su contra. Hay que atraparles con las manos en la masa.

Un taxi les dejó frente al edificio de apartamentos en que vivía Johnny *Body*. Éste pagó al taxista y dijo a Lizza:

—Yo necesito cambiarme, tú puedes ayudarme.

—¿Yo, en qué?

Él sonrió, con cierta picardía.

—Como secretaria, si te place. He de buscar a Moragas cuanto antes, sin alarmarlo excesivamente. Quiero una entrevista con él. Tienes que decirle que deseo hacer un reportaje en pro de sus

reivindicaciones sobre la problemática de Arena Side y las viviendas de los chicanos.

—Comprendo.

—Mientras, yo me quitaré este disfraz. La verdad es que no me siento a gusto dentro de él.

Ella sonrió, asintiendo.

—Puedes contar con una secretaria, aunque quizá luego te pida un salario.

—Si es justo, no discutiremos en el sindicato.

Se dirigieron al ascensor y de él pasaron al apartamento de Johnny Body.

Lizza quedó un tanto sorprendida por la decoración del apartamento de Johnny, que disponía de una sala de estar bastante amplia y a dos niveles, toda enmoquetada para evitar ruidos.

Poseía unos sistemas de megafonía electrónica perfectos y un sofá para entrevistas. Luego, tenía dos estancias, una era su dormitorio y la otra, un estudio de grabación.

Allí podía filmar en dieciséis milímetros y a color y efectuar grabaciones orales con la máxima perfección que se podía obtener dentro de un estudio particular, aunque fuera de profesional. También tenía un magnetoscopio a color de grandes dimensiones para grabar y reproducir programas.

—Hum, eres todo un profesional.

—Es mi trabajo, yo vendo los reportajes hechos. En ocasiones grabo en estudios de televisión normales y corrientes o filmo en la propia ralle. Tengo dos fotógrafos colaboradores y un filmador que hace sus pinitos en el free-cinema y que me ayuda cuando le encargo un trabajo. Por supuesto, no puedo tenerlos a salario fijo, la vaca no da para tanto. Les llamo cuando los necesito y les pago en relación al trabajo.

—Tienes una profesión apasionante.

—Por eso la tengo, porque es apasionante, porque me gusta y porque rae absorbe.

—¿Eso es el motivo por el cual no te has casado?

—Casarse es meterse en un mundo de problemas.

—¿No piensas casarte nunca?

—Sí, si la mujer de la que me enamore me comprende y no siente celos de mi trabajo, lo cual sería absurdo.

—¿Y si la mujer te ayudase en tu tarea?

—Eso sería tan bueno como comunicar a la opinión pública que un día, sólo un día, no se ha disparado un solo tiro en todo el planeta.

—¿Un día de paz total?

—Los que damos información pública sabemos lo difícil que es esta noticia: paz de un solo día. Ahora, mira aquel fichero, ahí encontrarás la dirección de Moragas. Es un tipo importante y tengo una ficha a su nombre. Mientras, voy a ducharme.

—OK, jefe —le respondió algo irónica.

Johnny se situó frente al espejo del cuarto de aseo y allí, despacio y con cuidado, fue despegando de su rostro los aditamentos plaslicoscsméticos. Se sentía raro sin el bigote y la barba a la que estaba acostumbrado y aquella peluca grisácea que había tratado de imitar el pelo de Wallace.

Se desnudó y se metió en la ducha bien caliente para quitarse todo el cosmético y el tinte. Después, pasó agua fría y cerró los poros de su epidermis.

Se secó, se cubrió con una bata roja y amarilla y salió a la sala de estar donde Lizza se hallaba sentada en la butaca, con el auricular del teléfono en la mano y una ficha delante.

—Johnny, tienes a Moragas al otro lado del hilo. ¿Quieres hablar con él? —le dijo tendiéndole el auricular.

—Sí.

Tomó el auricular. Lizza se lo quedó mirando con mucha fijeza, como si estuviera preguntando si le gustaba más barbado y con bigote o rasurado, tal como estaba ahora. Afeitado parecía más joven, aunque la barba le daba un aire más rebelde.

—¿Moragas?

—Sí, al habla —respondió la voz dulzona, pero ya grave, de muchos años de oratoria, del chicano.

—Soy Johnny *Body*. ¿Me conoce?

—Sí, cómo no, compadre, es el niño malo de la televisión.

—Bueno, no será tanto.

—No me pierdo ninguno de sus reportajes, se lo puedo jurar.

—Gracias, me agrada saber que tengo televidentes de su categoría.

—Me hace usted un gran honor, señor *Body*.

—Johnny, por favor, Johnny.

—Como usted mande, Johnny. Y cuando quiera, le prometo las mejores enchiladas en fraternidad con unos amigos míos que se sentirán muy honrados en compartir la mesa con usted que es un hombre justo como pocos.

—Compartiré esas enchiladas, palabra, pero antes quiero mantener una entrevista con usted. Me interesa su problema de Arena Side.

—¡Ya era hora de que alguien se interesara por el problema de Arena Side! Tal parece que nos hallemos frente a un muro de concreto. No hay forma de dialogar con el ayuntamiento.

—Yo veré lo que se puede hacer. Si ponemos la opinión pública a rugir, quizá obtengan ese diálogo que buscan.

—Pues no más cuente conmigo, estoy a su disposición. Un reportaje con Johnny *Body* es un reportaje que tiene audiencia, que es escuchado y que va a ser atendido.

—Entonces, le espero en mi apartamento.

—¿Cuándo, amigo Johnny? Porque ya lo considero mi amigo. Sé que no me va a hacer una faena; hacérmela a mí sería hacérsela al pueblo chicano que es lo mismo que decir a los que no tienen el poder y que son explotados.

—No tema, Moragas, estoy de su lado y tengo algo muy importante que comunicarle. Por cierto, ¿tiene coche?

—Sí, lo tengo, claro que no es bueno, tiene seis años o un poquito más. Ya sabe lo que estrujamos el «carro» los chicanos.

—Pues, no lo coja.

—¿Por qué? —Se notó extrañeza en su voz.

—Le hablaré mejor en mi apartamento. Aquí tengo un estudio de grabación.

—¿Podría adelantarme una chupadita de ese problemita que quiere soltarme?

—Sé que hay una conjura para eliminarle.

Ante la sorpresa de Johnny, Moragas se echó a reír.

—Pues no se preocupe, amigo Johnny. Amenazas y anónimos los recibo a puñados y ya no me afectan, no se alarme. Hay muchos bocazas y hacerles caso es darles satisfacción.

—Martin Luther King sufrió lo suyo y no fueron bocazas.

—Es cierto, y los Kennedy y otros, y otros que vendrán.

—En esta ocasión no es broma. Venga a mi apartamento y hablaremos. No diga a nadie adónde va, ¿comprendido?

—Lo que mande, Johnny, lo que mande. Tenía trabajo ahorita mismo, pero va para usted mí tiempo. Seguro que nos ayuda, es una corazonada, y los desahuciados, los explotados, como carecemos de fuerza, tenemos que dejarnos guiar por las corazonadas.

—¿Sabe dónde vivo?

CAPÍTULO IX

La cinta magnética, fina como un alambre, pero de gran calidad, sólo accesible para especialistas, fue pasarla por un magnetófono de gran fidelidad. Chicano Moragas, Lizza y Johnny, escucharon atentamente la cinta por tres veces consecutivas.

Moragas era un hombre de cabello cano, algo grueso, expresión afable, pero resuelta y mirada recta. Tenía un aire paternal; sin embargo, era un luchador. Vestía una chaqueta con descuido y camisa de cuadros abierta, con el cuello doblado sobre la chaqueta y sin corbata.

—Pues, tengo que admitir que esta vez parece que me han sentenciado a muerte muy en serio.

—Lo dice muy tranquilo —observó la muchacha.

—¿Y qué voy a hacer, si esos seres que a sí mismos se llaman justos me han sentenciado?

—Acudir a la policía —replicó Lizza, rápida como un latigazo, viendo aquella solución tan clara como sencilla.

—¿La policía? —sonrió, casi rió chicano Moragas, muy acomodado en la butaca—. Johnny, díglele, díglele qué ya a hacer la policía.

—Pues... —El joven freelance de la televisión se sintió escrutado por los ojos glaucos de la muchacha— le protegerán en la manifestación que dice que tienen que llevar a cabo mañana.

—Eso es, señorita. Se pondrán a ambos lados de la manifestación y nos escoltarán hasta el ayuntamiento para que no armemos bulla. Si algún chiquito se desmanda, le darán con la porra en la cabeza o con la culata de un riñe en la boca, pero si han de matarme a mí, no lo podrán impedir. Eso sí, correrán detrás del que me dispare y dispararan ellos a su vez, hasta es posible que

acribillen a tiros a quien tenga un arma en la mano, pero óigalo bien, señorita, lo acribillarán para que no hable.

—¿Quiere decir que la policía puede estar confabulada con ese clan de los encapuchados que se llaman a sí mismos los Justos de la Espada Flamígera?

—Señorita, no soy ningún ingenuo. No es necesario que la policía esté confabulada. Si el agente está recién salido de la academia, puede que quiera hacer méritos, pero si está resabiado, sabrá que cerrando una boca con plomo alguien acabará agradeciéndoselo. Basta sospechar que su jefe o alguien importante del Ayuntamiento, del gobierno, un financiero o un industrial, esté involucrado y se liquida al sicario. Así, el pagano siempre queda a cubierto. Después, no necesita pedir nada, los ascensos en su carrera están asegurados, son más rápidos. Lo malo es querer indagar, hacer preguntas o detener a un sicario a sueldo vivo, con el consiguiente peligro de que pueda irse de la lengua.

—Entonces, ¿quiere decir que todo está sucio?

—La verdad es que creo que todo no está sucio y lucho porque así sea; sin embargo, hay que pensar como los policías.

—No le entiendo.

—El señor Moragas quiere decir «por si acaso». Mientras no se demuestre lo contrario, hay que desconfiar siempre que se pida justicia.

—Pero, no vaya a creer que la ley o la justicia son malas, señorita, no son malas, yo por lo menos no lo creo y así lo digo a quienes quieran oírme. Somos los hombres quienes las manipulamos y torcemos en beneficio propio. Yo creo en la ley y en la justicia, pero no tanto en los hombres que la manejan, por eso deseamos manifestarnos pidiendo por nuestros derechos. Si me han de asesinar pidiendo por lo que es justo para los chicanos, bien venida sea la muerte.

—Usted no puede hablar así, señor Moragas, no puede hacerlo. Los chicanos de Arena Side le necesitan.

Johnny *Body*, tras encender un cigarrillo y dar unos pasos por su estudio particular de grabación, comentó:

—Por eso quieren eliminarlo. Quitándolo de en medio podrán hacer lo que deseen. Para defender cada causa, hace falta un líder, sea personal o de un grupo representativo. En este caso, Moragas es

el líder y creo que si tratan de exterminarle, lo harán mañana, antes de que llegue frente al edificio del Ayuntamiento para pedir sus reivindicaciones, para exigir seguir permaneciendo en Arena Side con viviendas más dignas que no se negarán a pagar. Creo que hay un ochenta por ciento de posibilidades de que la faena se la hagan por el camino.

—¿A la vista de todos? —preguntó Lizza incrédula.

—Ante los ojos de millares de personas se han cometido muchos magnicidios a lo largo de la historia. En nuestro país tenemos ejemplos recientes.

—Si lo comunicamos a la policía, pondrán una vigilancia especial para protegerle —dijo Lizza, ansiosa de que aquel hombre no muriera.

—Pensarán que quiero hacerme más publicidad y me responderán que ya me han destinado demasiados hombres para proteger la manifestación. No serviría de nada.

—¿A qué hora tiene prevista esa manifestación pacífica? —preguntó Johnny *Body*.

—A las siete P. M.

—Buena hora. Creo que para ese momento podría conseguir un programa de televisión que reemplazaría a uno de esos bodrios que emiten para matar el tiempo de las amas de casa desocupadas. Con usted introduciríamos una cuña informativa. Puede que salga bien, puede que salga mal; será como un farol en el póquer.

—¿Cuál es su plan? Puede explicármelo, ¿no? —preguntó Moragas que no perdía su buen humor.

—Yo le grabaré ahora un programa, una entrevista en la que pasaremos la cinta que yo tengo grabada y usted, que es la víctima estará escuchándola. Esto se emitirá por televisión al mismo tiempo que usted avance frente a su manifestación. Yo llevaré un equipo discreto de televisión, una furgoneta de filmación que estará conectada con los estudios de televisión y se irán intercalando momentos de la marcha mientras se sigue oyendo la grabación que he obtenido.

—La idea es buena. Puede que no se salve mi vida, pero por lo menos la opinión pública quedará informada de lo que nos sucede y es posible que así nos haga caso el alcalde, hasta puede que nos reciba. Johnny, si monta ese programa informativo sin previo aviso,

nos hará un gran favor, ya lo creo que sí, un favorcito muy importante a la colonia de chicanos, que nos quieren desarraigar de donde hemos nacido para mandarnos casi al desierto.

—Será muy importante que el asesino ignore que se va a emitir el programa. De esta manera, si trata de actuar, podremos captarlo con las cámaras de televisión. Y si conseguimos ese «tanto», le aseguro que no sólo van a conseguir ustedes ser escuchados y atendidos como merecen, sino que yo también habré lanzado al aire un programa de impacto seguro.

—¿Piensas lucrarte con ese programa? —inquirió Lizza.

—En absoluto; lo que yo gane con ese programa, que puede ser bastante si sale bien, lo entregaré en la propia entrevista que vamos a grabar ahora para la guardería infantil de los chicanos en Arena Side. ¿Le parece bien, señor Moragas?

—Magnífico. Viniendo de usted no lo tomamos como caridad que sería humillante; lo aceptamos como la atención de un amigo que comprende nuestros problemas.

—Pues, adelante.

—¿Y los técnicos para grabar? —preguntó Lizza.

—Mi estudio de grabación está totalmente automatizado para ahorrar personal. Yo lo controlo todo con un mando a distancia que tengo en un panel disimulado sobre el brazo de la butaca que ocupo en la entrevista. Verás como todo sale bien.

—Estoy a su disposición, Johnny. Esta vez, segurito que ganamos.

Lizza pensó que podrían ganar, pero iba a ser a costa de la vida de aquel hombre pacifista que sólo pedía lo que era justo.

Johnny *Body*, que era un experto de la grabación de informativos de televisión, preparó el montaje y comenzó la entrevista haciendo preguntas a Moragas para que expusiera sus problemas de una forma sucinta. Luego, mientras Lizza los contemplaba a escasa distancia y en silencio, Johnny le preguntó directamente:

—¿Sabe que pesa sobre usted una amenaza de muerte?

—Me han amenazado muchas veces, pero sólo Dios sabe cuándo habré de rendirle cuentas.

—Sin embargo, en esta ocasión, ha llegado a mis manos una cinta magnetofónica que puedo garantizar es completamente cierta,

no está falsificada, y en la que se dice que usted será exterminado porque estorba a unos intereses particulares y lucrativos de un clan que a sí mismo se llama los Justos de la Espada Flamígera, un clan en el que sus propios miembros no se conocen entre sí y se encapuchan para mantener el anonimato. Es el mismo clan que hizo asesinar a Salvatore Brezzo, al banquero Howard y a otros.

—No sabía nada de ese tema, supongo que la policía tendrá conocimiento de ello —dijo Moragas.

—Aún no lo tiene. Una cinta magnetofónica y máxime conseguida clandestinamente, no tiene poder jurídico; no obstante, yo se la voy a pasar a usted y a todos los televidentes. Y al mismo tiempo que los seguidores de este programa, podrá enterarse la policía de nuestra ciudad. Si ella quiere tomar cartas en el asunto, sabrá mucho mejor que nosotros cómo hacerlo.

—Pues, adelante, estoy dispuesto a escuchar esa cinta. Oigamos lo que los encapuchados que a sí mismos se llaman justos, hablan sobre los chicanos que, al parecer, les estorbamos, por eso nos quieren enviar a muchas millas hacia el interior, lejos de la ciudad donde tenemos nuestra vida, nuestro trabajo, nuestros amigos, nuestras escuelas.

—Pues, adelante.

Mientras ellos salían en imagen se fue grabando en la propia filmación el sonido que Johnny grabara en la reunión secreta de aquel clan sin escrúpulos, sedientos de poder y ahitos de codicia.

Al concluir la filmación, con la cinta magnetofónica incluida, Johnny cortó y los focos se apagaron.

Se levantó ele la butaca y dijo:

—Mientras se escucha la cinta, irán pasando imágenes de la manifestación avanzando por la calle, con usted al frente. Creo que no tendré dificultades en que me lo admitan en los estudios de televisión. Saben que mis reportajes son buenos y no defraudo al público, que me agradecerá les libre del bodrio de turno que les tengan que dar. La gente quiere algo vivo, algo palpitante y este reportaje lo será. Yo les seguiré con las cámaras y la potente lente de aumento me ayudará para escudriñar el recorrido de la manifestación por si puedo descubrir al asesino.

—Johnny, Johnny —dijo Lizza, preocupada.

—¿Sucedo algo especial, además de lo que ya está pasando?

—Sí, me parece que he reconocido la voz.

—¿Que has reconocido la voz? Eso podría ser falso. ¿Estás segura?

—Sí. ¿No podrías volver a pasar esa grabación, variando ligeramente la velocidad?

—¿Más aprisa o más lenta?

—Un poco más lenta, para que la voz resulte más grave.

—Probaremos, a ver si hay suerte. Pon mucha atención.

—Sería muy bueno, señorita, que usted reconociera al jefe de ese clan que quiere oprimir a los chicanos y que tiene hasta su propio verdugo.

Johnny pasó la cinta de nuevo, modificando la velocidad ligeramente hasta que la muchacha dio su aprobación.

—Ahora, ahora va bien...

—¿La reconoces?

—Déjame escuchar un poco más.

Permaneció en silencio hasta que la grabación terminó. No cabía duda de que Lizza quería asegurarse bien.

—Ya está.

—¿Segura?

—Sin lugar a dudas, pero sé que te va a parecer absurdo.

—Olvídate de lo que pueda parecerme y dime a quién corresponde esa voz.

—A Wallace.

Johnny se quedó como si de pronto lo hubieran petrificado.

—Es imposible, Wallace no estaba presente en, la reunión. Yo ocupaba su lugar, él se hallaba en el coche contigo e hipnotizado.

—Es cierto, estaba conmigo e hipnotizado, pero yo juraré con mi mano sobre la Biblia, si me lo exigen, que esa voz pertenece a Wallace. Sabía que te parecería absurdo, ya te lo he dicho, pero así es y no voy a decir una cosa por otra.

—Lo siento, pero no entiendo el problema que a ustedes les preocupa —dijo chicano Moragas.

Lizza y Johnny se miraban sin comprender nada.

Si antes el problema se podía considerar oscuro, ahora era impenetrable, porque lo absurdo, lo no racional, había comenzado a jugar también en aquel sucio asunto.

CAPÍTULO X

El prestigio de Johnny *Body* había conseguido que en la programación televisiva se incluyera su reportaje y sin previo aviso, para mejor dar el impacto en la opinión pública.

Si el reportaje salía bien y resultaba un bombazo, como tocios esperaban, se podría pasar en diferido en los noticieros nocturnos y sería vendido a otras cadenas televisivas, incluidas las del otro lado del Atlántico.

Filmar una manifestación reclamando unos derechos, no era noticia, porque tales hechos abundaban en cualquier país del sufrido planeta Tierra; pero si en esa manifestación ocurría algo desagradable y además se pasaba la cinta magnética descubriendo un complot, era ya otra cosa muy distinta.

Todo estaba dispuesto y sin previo aviso, se cortó un programa sin interés. El propio Johnny *Body* apareció en pantalla, presentándose a sí mismo.

—Atención, atención todos los televidentes, todos los que formamos la opinión pública... Atención todos los que nos consideramos defensores de la ley y la justicia, de nuestra Constitución, de tantos y tantos derechos que algunos, con el poder del dólar, tratan de avasallar. Les habla Johnny *Body*. No se aparten de la pantalla y verán en directo algo que les producirá escalofríos, algo de lo que la mismísima policía se va a enterar al mismo tiempo que ustedes.

»Un crimen, un magnicidio, está a punto de cometerse. Si se lleva a cabo el horrible crimen, ustedes lo van a presenciar en directo. Más, no adelantemos acontecimientos. Palabra de Johnny *Body* que todo esto no es ningún truco publicitario. Creo que me conocen bien. Lo que van a ver y oír es absolutamente cierto.

Miren, aquí tengo una Biblia... Pongo mi mano sobre ella y juro que todo lo que se diga y cuanto suceda es verdad.

Aquellas palabras del nuevo *Johnny Body*, un *Johnny Body* rasurado y sin barba, calaron hondo en los espectadores e incluso comenzaron a funcionar los teléfonos en toda la ciudad, avisándose unos a otros para que no se perdieran aquel programa que prometía ser muy interesante.

Después de la presentación de *Johnny Body*, aparecieron los manifestantes chicanos que se ponían en marcha silenciosamente, con sus pancartas reivindicativas escritas en castellano y en inglés.

Moragas iba al frente. No muy lejos, dos coches patrulleros de la policía seguían la manifestación con cierta indolencia. Se trataba más que nada de evitar perturbaciones de tráfico y si la manifestación pacífica se tornaba agresiva, llamarían por radio reclamando refuerzos. Lo que los agentes ignoraban es que estaban saliendo por televisión en directo.

Sobre el fondo de la manifestación en marcha, comenzó a pasarse la entrevista con Moragas. Uno de los puntos fuertes de la misma sería cuando se descubriera la conspiración para asesinarle.

Gracias a un dibujante amigo suyo, *Johnny* había preparado un dibujo de tal como él había visto la reunión de encapuchados y como se estaban repartiendo las cartulinas blancas y negras. Aquel dibujo apareciendo en pantalla, causaría un efecto indudable.

Componían la manifestación unos doscientos chicanos, pues *Johnny* había convencido a Moragas de que sólo participaran hombres que en un momento dado pudieran echar a correr y ponerse a salvo por sí mismos; que no acudieran enfermos, ancianos, mujeres ni niños por si ocurría un desastre.

El verdugo de los Justos de la Espada Flamígera no tenía contemplaciones con nada ni con nadie, ya lo había demostrado en anteriores actuaciones.

Johnny Body se había colocado sobre la furgoneta, manejando él mismo la cámara de televisión móvil, equipada con potentes teleobjetivos, mientras mantenía encasquetados los auriculares para saber lo que se estaba pasando por pantalla.

Cerca de él, un ayudante controlaba el monitor en el que podía verse lo que los televidentes, ya por millones, estaban presenciando. Lizza había querido acompañarle y viajaba junto al conductor de la

unidad móvil de televisión.

Pasaban aspectos de la manifestación avanzando por las calles de San Francisco, cerca de las aguas de la bahía por el área sur.

Los que sabían que de un momento a otro podía aparecer el magnicida, permanecían atentos, con los nervios tensos. Lizza también portaba prismáticos para poder ver mejor.

Si el asesino estaba contemplando la televisión, desistiría de su ataque en aquellos momentos. La operación sorpresa estaba basada en que no supiera nada.

Todo parecía normal e, incluso, los televidentes comenzaban a relajarse pensando que habían sido víctimas de una broma o de una publicidad de los chicanos para ser más atendidos, cuando Johnny, gracias a su potente teleobjetivo, descubrió algo que hizo que sus manos se crisparan en los mandos de la cámara móvil de televisión.

Acababa de enfocar un gran camión cisterna que, por lo que llevaba escrito, transportaba como diez toneladas de gas licuado inflamable. Aquel vehículo se hallaba en una calle que tenía una pronunciada pendiente en dirección a la amplia avenida por la que avanzaba la manifestación.

La presencia de aquel camión cisterna con gas licuado inflamable y en la cantidad nada despreciable de diez toneladas (lo que constituía una potentísima bomba inflamable con un vasto radio de acción) no habría tenido nada de particular si su chófer no hubiera tenido las manos sobre el volante. Y gracias a la potente lente, Johnny pudo ver que lucía una esclava con esmeraldas. Aquel sujeto llevaba gafas oscuras y redondas.

—¡Ya lo tengo, ya lo tengo! —gritó—. ¡Atención, atención, ya lo tengo, he descubierto al asesino, que pase por pantalla!

Los rostros de millones de televidentes se crisparon en sus casas, en las cafeterías, en clubs sociales.

La cámara móvil, con su potente lente, les mostró el camión cisterna y al hombre que estaba al volante.

—¡Atención, atención, reconozco la pulsera de esmeraldas que lleva ese hombre! ¡Es el mismo que habrán visto en el dibujo por la pantalla de televisión! ¡Es el verdugo del clan de los Justos de la Espada Flamígera! En el dibujo habrán observado que el encapuchado tenía los ojos muy oscuros y es que usa gafas bajo la capucha; también se ha dibujado la pulsera de esmeraldas. Ahora,

fíjense, fíjense en el que ignora que está saliendo en pantalla... Observen la esclava de esmeraldas, sus gafas y que está al volante de un camión cisterna cargado de gas licuado a presión y altamente inflamable. Les habla Johnny *Body* y me pregunto: ¿Qué mecanismo habrá preparado esa mente monstruosa para acabar con los chicanos, especialmente con su líder, el famoso Moragas?

El camión semejaba detenido en la calle descendente que iba a desembocar en la avenida por la que avanzaba la manifestación. Aquellos doscientos chicanos representaban a un nutrido grupo de familias, todas ellas residentes en Arena Side.

Al parecer, altos ejecutivos de la policía metropolitana de San Francisco habían sido alertados de aquel programa-reportaje en directo que se estaba emitiendo por televisión y siendo un reportaje de Johnny *Body*, que siempre metía el dedo en la llaga, le prestaron la atención que merecía.

Tras descubrir al verdugo o por lo menos, creer que lo habían identificado, afluyeron rápidamente las llamadas de alarma por las ondas radiales que controlaban los patrulleros de la policía.

No sólo comenzaron a ulular las sirenas de los coches que iban en la escolta, sino que de otras áreas rodaron veloces hacia la zona conflictiva.

A través de un megáfono electrónico, uno de los automóviles de la policía comenzó a dar órdenes.

—¡Atención, atención, los manifestantes dispérsense inmediatamente en todas direcciones, acaba de descubrirse un peligro, dispérsense rápidamente, hay peligro, peligro, peligro!

El conductor del camión cisterna, que ahora aparecía fijo en pantalla, se alarmó por el ulular de las sirenas policiales. Puso su vehículo en marcha y pisando el acelerador a fondo, lo dirigió contra los manifestantes.

Johnny *Body* estaba seguro de que aquella cisterna estallaría de un momento a otro y pidió por televisión:

—¡Al suelo, al suelo todos!

Las órdenes repercutieron en la central policial y rebotaron a los patrulleros, que gritaron repitiendo las palabras de Johnny *Body* mientras disparaban sus armas contra el asesino, temerosos de darle al tanque cisterna.

El verdugo del clan resultó herido antes de que consiguiera abrir

la portezuela del camión y saltar, abandonando el vehículo constituido en bomba. Giró el volante, lo que hizo que se desviara de la manifestación que se había dispersado en parte y lanzado al suelo.

El camión cruzó la avenida, se metió por un callejón y perdido el control, arremetió contra una gran puerta de madera que cerraba un almacén. Se internó en el recinto, produciéndose casi de inmediato una explosión que desintegró materialmente el techo del almacén.

Una gran llamarada se elevó por encima de los quinientos pies de altura al tiempo que las paredes del almacén se derrumbaban, esparciéndose la onda expansiva y térmica.

Los espectadores de televisión pudieron estremecerse en sus butacas, tal como se les había prometido que ocurriría. Algunos, vomitaron los bocadillos que estaban consumiendo; otros siguieron comiendo con toda tranquilidad, como si sólo estuvieran visionando un telefilme de serie en el que todo estaba previsto para que nada sucediera.

EPÍLOGO

No habían encontrado a Wallace en su casa de la colina de San Bruno.

Johnny y Lizza estaban preocupados; habían sido intensamente interrogados por la policía que había ocupado el Jaws Building, llegando a encontrar la sala secreta empleada para las reuniones. Pero, faltaban nombres, faltaban los responsables de todos aquellos crímenes para ser llevados a la corte.

Chicano Moragas y los suyos se habían salvado. Algunos habían sufrido quemaduras y contusiones por los ladrillos que habían salido despedidos, pero ninguno había muerto. La ciudad se había volcado en favor de Arena Side y los chicanos que la habitaban, mas todos ansiaban conocer los nombres de los enigmáticos encapuchados.

Johnny y Lizza tenían un enigma que resolver y el freelance de la televisión había tenido que descolgar su teléfono porque en todas partes era requerido para que contase sus vivencias y peripecias en aquel sangriento caso.

Se dirigieron a la mansión de la viuda Collins y allí encontraron a Wallace como si nada hubiera ocurrido. Estaba sentado en el jardín tomando un *whisky* con soda, acompañado de la dueña de la casa. Ambos sonrieron al verles.

—Enhorabuena, Johnny. Tu reportaje ha sido un completo éxito en la televisión.

—Gracias, Grace.

Después de tomar un sorbo de licor, Wallace observó:

—Lo que no ha contado es cómo obtuvo la grabación magnetofónica que le avisó de que Moragas iba a ser asesinado.

—Muy fácil, Wallace, muy fácil. Estamos a punto de

comunicarlo a la policía, porque la policía también está muy intrigada y yo les he pedido una tregua hasta poder desentrañar un pequeño misterio.

Grace inquirió:

—¿Y de qué misterio se trata, podemos saberlo?

—Sí, mejor que lo explique Lizza.

—¿Lizza, qué tiene que ver ella en todo esto? —inquirió perpleja la viuda Collins.

—Muy sencillo, tía Grace. La voz del presidente de la reunión de los encapuchados de esa secta de los Justos de la Espada Flamígera, mal llamada así porque no son justos sino asesinos, esa voz que todos han podido oír por televisión, es la voz de Wallace. —Y señaló al industrial.

Wallace se retrepó en su silla de hierro plastificado.

—¿Qué tonterías estás diciendo, muchacha?

—Lizza, ¿estás de broma? —objetó su tía.

—No, no estoy de broma. Un especialista podría identificar la voz de Wallace como la misma que grabó Johnny que estuvo presente en la reunión.

—¿Dices que Johnny asistió a la reunión? —repitió asombrada la viuda Collins.

—Sí, en el puesto de Wallace. ¿No es así, Johnny?

—Exacto. Yo estaba en la reunión mientras Wallace permanecía en su coche, hipnotizado por Lizza. Una buena cosa en este caso que Lizza haya manejado tan acertadamente la técnica del hipnotismo con Wallace.

El industrial había palidecido intensamente mientras Johnny seguía con su explicación.

—Y yo me pregunto: ¿Cómo podía estar hablando en la reunión si estaba como dormido dentro del coche, en el garaje?

—Eso son tonterías absurdas que no es bueno que repitáis porque podríais calumniar el buen nombre de Wallace —dijo la viuda Collins con energía.

—Por favor, Grace, deje que sigamos creando hipótesis —pidió Johnny—. Si Wallace hablaba no estando, quiere decir que lo que se pasaba en la reunión era una grabación previa. He estudiado el asunto y he comprobado que todo lo que se decía no esperaba respuesta. Por lo tanto, podía estar todo grabado y calculado, de

modo y manera que quien ocupaba la presidencia no dejaba oír su propia voz, sino la grabación, algo distorsionada por un cambio de velocidad en un magnetófono de Wallace. ¿Y por qué pasaban la voz de Wallace en lugar de hablar quien ocupaba la presidencia? Ésa es una pregunta que puede parecer difícil, pero si se piensa es fácil: Porque la presidencia no quería delatarse en ningún momento.

—Tonterías —argullo la viuda Collins.

—Déjalo que hable —pidió el propio Wallace—. Este Johnny Body es muy listo.

—Gracias por el halago. Ahora, mi opinión final es que la presidencia la ostenta una mujer poderosa y rica que aparentemente no hace nada importante salvo vegetar y asistir a reuniones intrascendentes, pero ella es el cerebro de ese clan. ¿No es cierto, señora Collins?

Grace Collins Se quedó blanca como el papel.

—¿Es una acusación?

—Me temo, señora Collins, que es mejor que confiese y se entregue. La policía está aguardando afuera de la finca. Wallace es un hombre fácilmente hipnotizable que cantaría rápido. Escogió mal a su hombre de confianza, tiene la lengua demasiado suelta.

—Grace, creo que hemos perdido —suspiró Wallace.

—Estúpido, por tu culpa. ¡Mira que dejarte hipnotiza por mi sobrina! ¿Serás idiota? ¡Todo se ha venido abajo por ti!

—Tía Grace, es horrible pensar que tú tienes una tan maquiavélica, despiadada y asesina.

—Te arrancaría los ojos si pudiera, Lizza, juro que te los arrancaría. Con ellos has destruido mi poder y ahora, todo, todo está perdido. —Suspiró dejando caer sus hombros, cambió el tono de su voz y dijo—: Que entre la policía. Dicen que confesando las culpas la pena es inferior.

Johnny se inclinó sobre Wallace y preguntó:

—¿Puedo cachearle? Es por si lleva armas.

—No, no llevo armas. El verdugo de la organización era Leo Hacket, que murió con el tanque cisterna, él que siempre tenía ideas espléndidas y sofisticadas para sus ejecuciones. Lo de Salvatore Brezzo fue una auténtica obra de arte.

Mientras hablaban, la viuda Collins echó a correr, alejándose.

—¡Tía Grace, tía Grace! —llamó Lizza yendo tras ella.

No llegaron a tiempo. En el jardín de la mansión había un pozo artesiano de brocal herreriano, construido por los colonos españoles. La viuda Collins desapareció en su interior, lanzándose de cabeza hacia las entrañas de la tierra, incapaz de afrontar el peso de la ley y la justicia.

Wallace no se movió de su silla, estaba materialmente hundido. El sí sería llevado a la corte para confesar cuanto sabía.

Lizza, sollozando, se abrazó a Johnny *Body*, el cual se fijó que la muchacha llevaba la blusa de los botones numerados.

Se dijo que tenía deseos de hacer la cuenta atrás hasta cero y exclamar «¡Fire!»; mas, se daba cuenta de que aquél no era el momento más apropiado. Tendría que esperar, pero estaba seguro de que el instante del disparo llegaría, más tarde o más temprano, pero llegaría.

FIN



RAFAEL BARBERÁN DOMÍNGUEZ (Barcelona, 1939), más conocido por el pseudónimo de Ralph Barby es un escritor español de novelas populares, también conocidas como bolsilibros o «libros de a duro» en referencia a su bajo precio.

Estrechamente vinculado a la Editorial Bruguera, Rafael Barberán forma parte de los escritores de la Literatura popular española, junto con otros autores como Corín Tellado, Marcial Lafuente Estefanía, Frank Caudet o Silver Kane.

Bajo el pseudónimo de Ralph Barby estaba también su esposa, Àngels Gimeno, con la que compartía la tarea de escribir.

La lista total de los libros publicados por Barby cuenta con más de un millar de títulos y más de quince millones de ejemplares vendidos solo en español, a los que habría que sumar otros tres millones en portugués.

Empezó publicando novelas bélicas y del oeste en las colecciones de las editoriales Ferma y Toray, aunque su éxito llegó poco después con las novelas de ciencia ficción y horror que publicó en las colecciones de la editorial Bruguera, con la que firmó un contrato de exclusividad que duró más de dos décadas.

Con el cierre de Bruguera, a mediados de los años ochenta, Rafael Barberán y su mujer crearon su propia editorial, Ediciones Olympic. Con ella publicaron numerosas novelas del oeste y de terror.

Una de sus novelas del oeste, *Cinco mil dólares de recompensa*, fue llevada al cine en 1974 por el director mexicano Arturo Ripstein.

Personajes estereotipados y relaciones tópicas son las características principales de sus historias, narradas casi siempre con gran desenfado, muy típico de la época en la que fueron escritas.